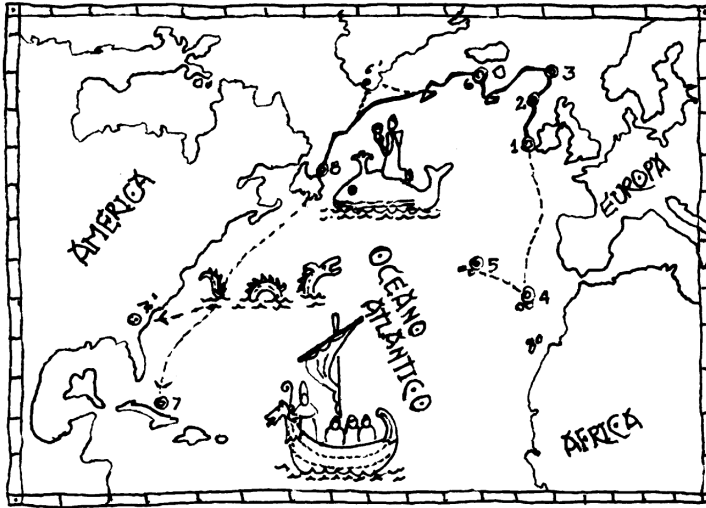


La "Navegación" de San Brendano (520)



San Brendano
de Clonfert
(484-577):
La navigatio

CuadMon 147
(2003) 485 - 529

Referencias del Mapa¹:

1. Se trata de Brandon Creed, al sud-oeste de Irlanda.
2. Isla de Lewis, en las Hébridas exteriores.
3. La isla de los Pájaros.
4. Isla de Ailbe. (¿Islas Canarias o Madeira?: isla Borondon).
5. Arroyos somníferos.
6. Las Fraguas del Infierno (¿Islandia?).
- 6'. Groenlandia.
7. El Paraíso (¿Cuba?).
- 7'. La Tierra de Promisión (¿América del Norte?).

¹ El presente mapa fue realizado siguiendo las indicaciones más antiguas de la cartografía brendaniana pero también utilizando el viaje que, en 1975, realizara Thimoty Severin reproduciendo el de Brendan con una barca semejante. La presentación de la geografía de la época la tomamos de la página Web www.mypage.bluewin.ch/brandan (recomendamos consultar la página completa).

Introducción²

Los tres grandes nombres del monacato de las islas británicas fueron: Patricio, Columbano y Brendano. De san Patricio hemos publicado en nuestra revista las *Confesiones*³, único documento auténtico ante la gran cantidad de relatos y leyendas que la tradición ha conservado. De Columbano publicaremos próximamente algunos de sus escritos monásticos. Brendano, en cambio, se presenta como un personaje más difícil de estudiar, pues el trabajo de desentrañar los datos históricos de los puramente legendarios es una tarea ardua.

Hoy presentamos a nuestros lectores una traducción de la *Navigatio* de san Brendano que, tal como señalaba en el estudio precedente el Prof. García Vivas, no gozó del prestigio que consiguieron Patricio y Columbano pero que, con el paso de los años, los estudiosos van poniendo de manifiesto su riqueza e importancia dentro del contexto del monacato y cultura celta del siglo VI y su influjo en el continente europeo y su monacato.

1. Su biografía

En la *Navigatio* de san Brendano se mezclan de un modo particular el mundo pagano insular, celta, y la Biblia, como conjunto de relatos y tradiciones que los cristianos tuvieron siempre muy presentes. Una vida de santo o un relato hagiográfico siempre buscaba señalar, como signo de auténtica santidad, aquellos episodios que lo asemejaron a personajes del mundo bíblico. La selección de esos relatos estaba muchas veces condicionada por la realidad que circundaba al personaje de quien se hablaba. Y así, en Brendano, el mar y el Paraíso recibieron los principales colores de ese cuadro biográfico y que no sólo en el mundo celta, sino también en el Bíblico, estaba cargado de connotaciones muy ricas.

De este modo, en torno a los siglos VII y VIII aparece el relato de la *Navegación* san Brendano dentro del mundo irlandés. Para los especialistas este relato estuvo precedido por una *Vita*, antigua y perdida, que fue reescrita incorporando este dato fundamental del viaje como centro de su

² Introducción del abad Fernando Rivas, osb (Abadía San Benito de Luján, Buenos Aires, Argentina).

³ *Libro de las Cartas de san Patricio*, CuadMon 128 (1999) 85-96.

mensaje con toda la riqueza simbólica que contiene.

Del conjunto de documentos que nos ha legado la tradición manuscrita de Brendano se puede reconstruir su historia de un modo tal que resulte comprensible. San Brendano de Ardfert y Clonfert también conocido como Brendan el Viajero, nació en 484 en Ciarraighe Luachra, cerca de la ciudad de Tralee, en el condado de Kerry, Irlanda, y murió en 577 en Enachduin, hoy Annaghdown. Fue bautizado por el Obispo Erc en Tubrid, cerca de Ardfert. Durante cinco años fue educado por Santa Ita y terminó sus estudios bajo San Erc, quien le ordenó sacerdote en 512. Entre los años 512 y 530 San Brendan edificó monasterios en Ardfert y en Shanakeel o Baalynevinorach, al pie de Brandon Hill. Desde aquí emprendió su viaje a la Tierra de las Maravillas. Este acontecimiento, junto con su muerte, se celebró con una memoria litúrgica propia de Irlanda (el 22 de marzo, fiesta de la "*Egressio familiae S. Brendani*"). Otro rastro litúrgico de su conmemoración la da san Aengus Culdee, de finales del siglo VIII, quien invoca en su letanía a "los sesenta que acompañaron a San Brendan en su búsqueda de la Tierra Prometida". Evidentemente, la fama de ese viaje de siete años se difundió y muy pronto multitud de peregrinos y estudiantes afluyeron a Ardfert buscando la persona y el consejo de san Brendano como padre espiritual.

Una vez instituida la Sede de Ardfert, San Brendano se trasladó a Thomond, donde alrededor del 550 fundó el monasterio en Inis-da-druim (hoy isla de Coney, condado de Clare), en la actual parroquia de Killadysert. Viajó a Gales y de allí a Iona, habiendo trabajado para la iglesia de Kilbrandon (cerca de Oban) y Kilbrennan.

Después de trabajar tres años como misionero en Gran Bretaña, regresó a Irlanda, donde siguió trabajando en varias partes de Leinster, especialmente en Dysart (Condado de Kilkenny), Killiney (Tubberboe) y Brandon Hill. Fundó las Sedes de Ardfert y de Annaghdowny, erigió iglesias en Inchiquin, condado de Galway y en Inishglora, condado de Mayo. El monasterio más famoso fue fundado en Clonfert, en 557, nombrando a San Moinenn como Prior y director. San Brendan murió ese mismo año y fue enterrado en Clonfert. Su festividad se celebra el 16 de mayo.

2. Los textos acerca de Brendano

Como ya señalamos, el texto fundamental acerca de Brendano lo habría constituido una *Vita* que sirvió de base de la posterior *Navigatio* y de las otras vidas que comenzaron a publicarse a partir del siglo XI. Esa

vida se habría perdido por lo que la *Navigatio Sancti Brendani* constituye el documento más antiguo y data del siglo IX o X.

El conjunto de documentos que transmiten la tradición de Brendano son:

- a. *La Navigatio Sancti Brendani*. Data del siglo IX-X.
- b. *La Vita Prima Sancti Brendani*. Data del siglo XI-XII y se presenta como una clásica obra hagiográfica que abarca toda la vida de Brendano desde su nacimiento hasta su muerte.
- c. *Las Vidas de San Malo y la de Betha Brenainn*. Datan del siglo X al XIV. Se trata de discípulos de Brendano que ilustran también sobre su viaje.
- d. *La Vita Saecunda, el Poema de Benedeit y la Vita (de Lisboa)*. Data del siglo XI al XV. Describen solamente el viaje de Brendano.
- e. *Versiones alemanas y Los trece apóstoles de Irlanda*. Datan del siglo XIII-XIV.

De forma indirecta entran también dentro del marco de la *Navigatio* dos textos que el autor parece haber seguido muy de cerca y que ilustran y aclaran episodios del viaje de Brendano: *La Odisea* y *El viaje de Sindbad*. De hecho los comentarios de la *Navigatio* suelen agruparse según consideren a uno u otro texto como fuente principal del relato irlandés.

3. La Navegación de san Brendano

Como señalaba el profesor García Vivas los viajes o peregrinaciones son una realidad monástica muy característica de los monjes irlandeses y su sentido queda ya expresado. De hecho, en la *Navigatio* se usan varias veces de forma indistinta los términos “peregrinación” y “navegación” (c. 5 y 12). Por eso lo que resta por señalar son las particularidades de este viaje de Brendano ya que determinaron que ella fuera para toda la tradición la navegación por excelencia de los monjes celtas del alto medioevo.

Y en el conjunto de esos elementos que hacen tan valiosa esta peregrinación de Brendano uno se destaca: su finalidad. No se trata ya de un viaje misionero, o de un esfuerzo ascético del monje que se hace extranjero a su tierra. En la *Navegación* Brendano sintetiza dos ideales monásticos: el de origen egipcio que es el retorno a la condición natural del hombre y a la vida del Paraíso; y el autóctono, que es el acometer

dicha búsqueda como un verdadero viaje a través de los mares y no sólo por medio de luchas espirituales e interiores. Esto da a la *Navegación de Brendano* la riqueza de un simbolismo que posee tal fecundidad que con el paso de los años va encontrando nuevas resonancias que asombran a los estudiosos.

El viaje de san Brendano tiene como marco de referencia toda una sucesión de emprendimientos por los que los cristianos irlandeses realizaron numerosos viajes al continente, en carácter de misioneros (s. VI). El destino de estos viajes no era siempre preciso. Se desembarcaba donde las circunstancias de la navegación o bien los accidentes en el mar así lo pedían. Leyendas acerca de estos viajes son muy numerosas entre los siglos IX y XI, dentro de las cuales está la de Brendano. Las peripecias de su viaje recibieron el nombre de "*Navigatio Brendani*", el viaje o el errar de San Brendano, aunque aquí los datos históricos se mezclan con los mitológicos.

Este viaje Brendano lo realizó junto con una veintena de monjes y su destino era la "Tierra Prometida" (*Terra Repromissionis*) o Paraíso, cuya vegetación y características la transformaban en el sueño de todo marino. Sin embargo la ubicación exacta de esa tierra (una isla) fue siempre objeto de controversia. Algunos la ubican no lejos del oeste meridional de Irlanda. Otros la identifican con las "Islas Afortunadas" de los antiguos y la colocan hacia el sur. Una fuerte tradición se vuelca por las Islas Canarias, donde se le da el nombre español de Borondon⁴. Pero a partir de comienzos del siglo XIX, la creencia en la existencia de la isla fue completamente abandonada y se sugirió la posibilidad de identificarla con el continente americano, con lo que Irlanda quedaba como autora de dicho descubrimiento.

El viaje, tal como lo trasmite la tradición unánime, no tuvo un carácter directamente misionero pues Brendano, en lugar de partir hacia el continente como sus predecesores, partió hacia el mar abierto, hacia el

⁴ El nombre "San Borondón" proviene de san Brendano (Brandan) de Clonfert. Cuando en la *Navigatio* se cuenta que desembarcó en una isla que luego resultó ser una ballena la tradición asoció el nombre de Brendano a una isla que existiría en algún lugar y que se buscó durante siglos. El lugar más probable era en el archipiélago de Canarias o de Madeira, de donde el nombre en español fue "Borondón" o "Blandon" o "Bolondron". Esta isla tendría la particularidad de aparecer y desaparecer según su capricho. En la Argentina, provincia de Buenos Aires, existe una gran bahía llamada de San Borombón, que no es sino otra transformación del nombre original de Brendano.

oeste, con un rumbo inicial muy particular hacia el norte. De allí que sus primeras etapas son las islas más nórdicas del archipiélago, para llegar luego a Islandia y, muy probablemente, a Groenlandia. Sin embargo lo más interesante de este recorrido por el océano Atlántico no son los puntos fijos en los que se detiene esta comitiva de monjes, sino las peripecias en el mismo mar, donde una ballena juega el particular papel de “isla móvil”, haciendo de ella uno de los centros de lo legendario y mitológico.

Todo el viaje termina en dicha tierra de Promisión que, según las diversas reconstrucciones sería la isla de Cuba o bien la costa este de América del Norte. Finalmente queda como incógnita el viaje a las islas Canarias, donde habría quedado grabado su nombre (en versión hispana “Borondon”) como el descubridor de tierras nuevas.

4. *La Navigatio y la liturgia celta*

Más allá de la veracidad de los datos biográficos y geográficos, hay una dimensión en el relato de la *Navigatio* que es reflejo bastante fiel de la realidad y época de Brendano y sus discípulos: la liturgia. Bajo este punto de vista el viaje de Brendano ha cobrado un renovado interés, especialmente en los investigadores de historia de la liturgia.

En efecto, entreverados con los acontecimientos cotidianos, los textos dejan entrever una serie de referencias litúrgicas que podrían estar revelando un trasfondo de una liturgia propiamente celta de la que, fuera de este texto, hay pocos datos. Por eso se pueden tener en cuenta los siguientes elementos:

a. *El año litúrgico*

En efecto, el año litúrgico es una realidad que subyace de un modo muy notorio como marco de todo el relato. Podría considerarse como el elemento determinante de los 7 años que dura el viaje, que serían siete años litúrgicos, con 7 Pascuas y todo el simbolismo que significa el número 7. De hecho es al final de los siete años que Brendano llega a la tierra Prometida (c. 28) y entonces, se puede decir, llega el día después, el que está después del Domingo: es la eternidad y el día sin fin del reposo cristiano. Mientras que el Dios del Génesis crea el mundo a partir de las aguas primordiales, ahora la nueva creación, con el mismo contexto geográfico, da lugar a un octavo día y un octavo año, que quedan fuera del tiempo de los días y los años. Esta misma perspectiva del año litúrgi-

co y su acabamiento en el reposo “sabático” da a la peregrinación una dimensión escatológica que la abre a una realidad más plena y perfecta.

b. El ciclo de fiestas

La presencia del año litúrgico se pone de manifiesto en las celebraciones que se van jalonando a lo largo del viaje, principalmente el misterio Pascual. La *Navigatio* hace referencia a fiestas y lugares que tocan de modo directo a la liturgia. En el capítulo 9, al llegar a la isla de las ovejas (poco al norte de Irlanda) dice:

Tras esto comenzaron a recorrer la isla y vieron aguas muy abundantes que brotaban de distintas fuentes, llenas de peces. San Brendano dijo: “Hagamos aquí la Obra de Dios. Hagamos aquí el sacrificio a Dios de la hostia inmaculada, porque hoy es la cena del Señor”. Allí permanecieron hasta el Sábado Santo de la Pascua.

Las peripecias de un viaje tan complicado en nada perjudicó el conservar el orden natural de las fiestas litúrgicas, al contrario, todo el recorrido está en función y al servicio del memorial del Señor.

En ese mismo capítulo las fiestas pascales aparecen muy claramente estructuradas en un “Triduo”: Cena del Señor – Viernes de Pasión – Sábado Santo, que desemboca en la Vigilia Pascual y el día de Pascua.

La “vigilia” pasa a ser una realidad siempre presente, un verdadero modelo de conducta litúrgica, ante distintas circunstancias del viaje. Por otra parte el *Dies Resurrectionis*, la Pascua, tiene una octava, como queda claro en el capítulo 11, cuando el grupo de monjes llegó a la Isla de los Pájaros, más al oeste de la Isla de las ovejas. Con la Pascua del Señor se inicia el ciclo que lleva a Pentecostés, que es identificado con un día concreto, el último de los 50 y no todos los 50 días enteros, revelando así un acuerdo muy grande con el cambio que estaba teniendo dicha celebración en las liturgias del continente.

La preparación a las fiestas Pascuales, que se dan en medio de paisajes y lugares de una gran exhuberancia, se realiza en la austeridad del mar, navegando, y no en tierra firme, con el ayuno como práctica principal (capítulo 13).

Finalmente la Navidad, muy bien delimitada como solemnidad litúrgica, manifiesta un gran paralelo con la fiesta tal como se celebra en el continente, guardando sin embargo algunas características propias:

Pasaron toda la noche en vigiliass hasta el amanecer. San Brendano pidió, entonces, el permiso para continuar su viaje. El anciano le dijo: “No, Padre, tú debes celebrar con nosotros la Navidad del Señor hasta la octava de Epifanía”. Así pues, el santo Padre permaneció con sus hermanos en aquella isla que se llama isla de la comunidad de Ailbe junto a los veinticuatro padres (capítulo 12).

Dentro de lo que puede ser un ciclo santoral la *Navigatio* hace referencia a la fiesta de san Pedro (capítulo 21).

c. El día litúrgico: el “Opus Dei”

Del mismo modo que el año, también el día es una unidad litúrgica claramente definida en cuyo marco se dan los distintos acontecimientos de la travesía. Las cosas suceden a la hora de tercia, o sexta o nona:

Al brillar la aurora, comenzaron a cantar: “Que brille sobre nosotros el resplandor del Señor Dios”; de igual forma y con la misma cantidad de salmos que en las alabanzas matutinas. En la hora tercia cantaba este versículo: “Cantad salmos a nuestro Dios, cantad a nuestro rey, cantad con sabiduría (Sal 46,7)”. En sexta: “Haz brillar tu rostro sobre nosotros, Señor y ten piedad” (Sal 66,2). En nona salmodiaban: “Ved qué bueno y qué gozoso, que los hermanos vivan unidos” (Sal 132,1). Así día y noche, las aves ofrecían las alabanzas a Dios. San Brendano reanimaba a sus hermanos hasta el octavo día después de la Pascua.

La riqueza de este pasaje no sólo se debe a la referencia a las horas del oficio divino (“opus Dei”), sino que deja traslucir un *cursus horarum* que puede ser un reflejo de la modalidad celta de ordenar el salterio. Las referencias a los salmos son continuas y normalmente se presentan en correspondencia con la hora del día en que están sucediendo los acontecimientos. (cf. capítulos 11 y 17).

Esta presencia de lo litúrgico como marco de referencia de los avatares de cada día se manifiesta desde el mismo comienzo de la navegación. Terminada la confección del barco dice:

Terminados los preparativos, san Brendano mandó embarcar a los hermanos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Otros muchos elementos más podrían citarse en referencia al uso litúrgico de los monjes celtas. También se encuentra una descripción de una Iglesia (capítulo 12), y de los vasos sagrados del altar (capítulo 22). También la hospitalidad, tan frecuente en el relato, adquiere una gran riqueza bíblica y litúrgica (cf. capítulos 1, 12 y 28).

Pero lo más importante del dato litúrgico, en cuanto que estructura la entera *Navigatio* de Brendano, es dar a todo el viaje de estos monjes un simbolismo que supera al de un simple relato mitológico, haciendo de todo él una parábola del camino del hombre en esta vida.

Llegan los últimos días de Brendano, ya retornado a Irlanda, y es el momento de su verdadera llegada al Paraíso, en el que encontró el reposo en el que Dios mismo, al final de la obra creadora, descansó también de sus obras:

Pero, finalmente, notó la proximidad de su muerte, según el certero testimonio del joven que se hallaba en la tierra de la promesa. Los hechos lo probaron, pues tras un breve intervalo de tiempo en que guardó reposo, habiendo dispuesto todo oportunamente y munido de los sacramentos divinos, gloriosamente emigró de entre las manos de sus discípulos hacia el Señor, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén (capítulo 29).

BIBLIOGRAFÍA

CAHILL Th., *De cómo los irlandeses salvaron la civilización: La nunca oída historia del papel que desempeñó Irlanda desde la caída del Imperio Romano hasta el surgimiento de la Europa medieval*, Bogotá 1998.

DILLON M., *Early Irish Society*, Dublin 1963

DUMEZIL G., *Du Mythe au Roman*, P.U.F. 1970 p. 185.

GOUGAUD L., *Les Chrétientés celtiques*, Crozon 1995.

HERBERT M., *Iona, Kells, and Derry. The history and Hagiography of the Monastic Family of Columba*, Oxford 1988.

JUBINAL A., *La légende de Saint Brendan*, Paris 1836.

KENNEY C., *The sources for the Early History of Ireland. An introduction and Guide*, New York 1929

KERVAN L., *Brendan le navigateur celte du VI^e s.* Paris 1977.

LECLERCQ H., *Navegation*, en *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, Paris 1935.

MAIDÍN O., *The celtic monk: Rules and writings of early irish monks*,

Kalamazoo 1996.

MARKALE J., *Pequeño diccionario de mitología celta*, Palma de Mallorca 1993.

SELMER C., *The Irish Saint Brendan Légend in Lower Germany and on the Baltic Coast: Traditio 4*, pp. 408-413.

SELMER C., *The Origin of Brandenburg: Traditio 7 1949-1951* pp. 416-433.

WAGNER H., *Etudes sur les Origines de la Civilisation Celtique : Etudes Celtiques 29* p. 764.

TEXTO ⁵

Comienza la vida del abad San Brendano

(Cap. 1. *Descendencia de san Brendano e historia de Barinthus*)

San Brendano, hijo de Findlug, nieto de Altha, del linaje de Eogen, nació en la región de los lagos de Munestermen⁶. Era un hombre de grandes ayunos y famoso por sus virtudes, Padre de casi tres mil monjes.

Un día, por la tarde, mientras estaba en su combate espiritual cotidiano, en el lugar que hoy se llama *salto de los milagros de san Brendano*⁷, vino a verlo uno de los Padres, llamado Barinthus, que era pariente suyo.

Al ser interrogado con muchas preguntas por el santo Padre, Barinthus comenzó a llorar, y se postró en tierra permaneciendo largo tiempo en oración. Pero san Brendano lo levantó y lo besó, diciendo: "Padre, ¿por qué tu llegada va a sernos motivo de tristeza? ¿No viniste, acaso, para consuelo nuestro? Tú debes ser causa de alegría para los hermanos. Muéstranos la Palabra de Dios y conforta nuestras almas relatándonos los distintos prodigios que has visto en el océano".

Una vez concluidas estas palabras de san Brendano, san Barinthus comenzó a narrar lo sucedido en cierta isla, diciendo: "Mi pequeño hijo Mernoc, solícito protector de los pobres de Cristo, huyó de

⁵ Traducción del Hno. Mariano Demateis, de la Abadía San Benito, de Luján.

⁶ San Brendano nació probablemente hacia fines del siglo V, en o cerca de Tralee, condado de Kerry, Irlanda.

⁷ Hoy Galway, Irlanda.

mi presencia, y quiso hacerse ermitaño. Halló, pues, junto a un monte de piedra, una isla, llamada *Deliciosa*. Pero después de algún tiempo, me contaron que muchos monjes se le habían unido y que Dios hacía muchos milagros por medio de él. Y así entonces, me propuse visitar a mi hijito. Pero al tercer día de viaje, salió a mi encuentro con sus hermanos, pues el Señor le había revelado mi llegada. Luego de haber navegado hasta aquella isla, los hermanos salieron de sus celdas a recibirnos, rodeándonos como un enjambre de abejas. Ellos habitaban celdas individuales y dispersas, pero vivían unánimes en la fe, la esperanza y la caridad. Tenían una única refección al día, unida siempre a la Obra de Dios. No se servía en la mesa ninguna clase de manjares, sino frutas, nueces, raíces y cierto género de hierbas. Después de rezar Completas, cada uno regresaba a su celda y permanecía allí hasta el canto del gallo o el toque de campana.

Luego de haber pasado la noche y recorrido todo el lugar, mi hijito me condujo a la costa del mar, que mira hacia Occidente y me dijo: "Padre, sube a la nave y naveguemos hacia la región occidental, a la isla llamada *Tierra de la promesa de los santos*, la cual Dios dará a nuestros sucesores en los últimos tiempos".

Luego de haber embarcado, mientras nos hallábamos viajando, unas densas nubes nos cubrieron, al punto de que con dificultad podíamos divisar la popa y la proa de la pequeña nave. Después de casi una hora, nos rodeó una luz muy brillante, y apareció una tierra ancha y dilatada, llena de hierbas y frutos.

Cuando la nave se detuvo en tierra, subimos y comenzamos a caminar y recorrer la isla por espacio de quince días, pero no pudimos encontrar sus límites. No vimos planta que no tuviese flores, ni árboles sin frutos. Sus piedras eran preciosas. Pero después de quince días hallamos un río que brotaba desde el Oriente hacia el Ocaso. Al considerar estas cosas, nos asaltó una duda sobre qué debíamos hacer, pues no lo sabíamos; nos parecía bien cruzar el río. Sin embargo, esperamos el designio de Dios. Mientras reflexionábamos sobre todo esto en nuestro interior, apareció de repente ante nosotros, cierto hombre con un gran resplandor, que nos saludaba y nos llamaba por nuestros propios nombres, diciendo: "Felicitaciones, hermanos santos. El Señor os mostró esta tierra, que dará a sus elegidos. Pero hasta aquí habéis llegado, a la mitad de la isla; no os está permitido seguir más adelante. Regresad pues, al lugar de donde partisteis". Después de decir esto, le pregunté de dónde era y cuál era su nombre. Él respondió: "¿Por qué me preguntas de dónde soy y cómo me llamo? ¿Por qué no me preguntas sobre esta isla? Así como la veis ahora, de este modo ha permanecido desde el comienzo del mundo. ¿Habéis

necesitado algo para comer, beber o para vestir? Habéis pasado aquí un año, y no probaste ni alimento ni bebida. Nunca fuisteis oprimidos por el sueño, ni os cubrió la noche. Nuestro Señor Jesucristo es la Luz de esta isla”.

Al instante emprendimos el regreso, y el mencionado varón nos acompañó hasta la orilla, donde se hallaba nuestra pequeña nave. Pero cuando embarcamos, repentinamente aquel hombre fue arrebatado de nuestra presencia.

Después de atravesar la espesa niebla, llegamos a la isla *Deliciosa*. Cuando nos vieron los hermanos, se alegraron con gran júbilo por nuestra llegada y se lamentaban por nuestra ausencia tan prolongada. Decían: “Padres, ¿por qué habéis dejado sin pastor a vuestras ovejas, errantes en medio del bosque? Sabemos que nuestro abad a menudo se aleja de nosotros, marchando a otra parte, aunque desconocemos dónde, y allí permanece a veces un mes, a veces una o dos semanas, a veces menos aún”. Al oír estas cosas, comenzó a consolarlos diciendo: “Hermanos, no penséis que ello no es para bien”. Sin duda, vuestro modo de vida es como el de los que se hallan ante las puertas del paraíso. Pero cerca de aquí se halla la isla llamada *tierra de la promesa de los santos* donde no cae la noche, ni el día se termina. Allí suele marchar Mernoc, vuestro abad. El ángel del Señor la custodia. ¿No os disteis cuenta por el perfume de nuestra ropa de que estuvimos en el paraíso de Dios?”. Los hermanos le respondieron: “Abba, sabemos que estuvisteis en el paraíso de Dios, que se halla en algún lugar del mar, pero ignoramos su ubicación. A menudo la fragancia de la ropa de nuestro abad dura cuarenta días. A partir de entonces podemos percibir que él sufre por regresar allí”.

“Permanecí en aquel lugar durante dos semanas, junto a mi hijo, sin comer ni beber. Sin embargo, nuestros cuerpos se hallaban satisfechos, al punto que otros hombres pensaban que estábamos saciados de mosto⁸. Pero después de cuarenta días, tras recibir la bendición de los hermanos y del abad, emprendí con mis compañeros, el regreso a mi celda, a la que espero llegar mañana”.

Cuando escucharon estas cosas, san Brendano y toda su comunidad se prosternaron en tierra y glorificaban a Dios, diciendo: “Justo es el Señor en todos sus caminos y santo en todas sus obras. Puesto que reveló tan grandes maravillas a sus siervos, y bendito es Él por sus dones, porque hoy nos ha saciado con tal manjar espiritual”. Terminadas estas pala-

⁸Cf. *Hch* 1,13.

bras, san Brendano agregó: “Vamos ahora a recibir la refección corporal y a cumplir el mandamiento nuevo”⁹. San Barinthus, tras pasar allí la noche, recibió de los hermanos la bendición, y al amanecer continuó su camino.

(Cap. 2. El consejo de san Brendano)

San Brendano, entonces, eligió de toda su comunidad a catorce hermanos¹⁰; se encerró con ellos en el oratorio y les dijo: “Mis queridos compañeros de combate, os pido vuestro auxilio y consejo, porque mi corazón y todos mis pensamientos se funden en una única intención. Si es la voluntad de Dios, me propuse buscar la tierra de la promesa de los santos, de la que nos habló el Padre Barinthus. ¿Qué os parece? ¿Qué me aconsejáis?”. Ellos, conociendo la voluntad de su Padre, le respondieron a una voz: “Abba, tu voluntad es la nuestra. ¿Acaso no hemos abandonado a nuestros Padres, despreciado nuestras riquezas y entregado nuestros cuerpos a tus manos? Así pues, estamos preparados para ir contigo a la muerte tanto como a la vida; sólo queremos hacer una voluntad, la de Dios”.

(Cap. 3. Consulta al abba Enda)

Finalmente, san Brendano y quienes estaban con él se decidieron. Ayunaron cuarenta días, comiendo sólo cada tres días, y después emprendieron la partida. Antes de salir encomendaron la vida de los hermanos que se quedaron al prepósito de su monasterio, quien entonces lo sucedió en su lugar. Los catorce hermanos marcharon hacia la costa occidental, a la isla de un santo Padre llamado Enda¹¹. Allí permanecieron tres días y tres noches.

(Cap. 4. Construcción del bote)

Después de recibir la bendición del santo Padre y de todos los

⁹ Cf. Jn 13,34.

¹⁰ Literalmente: “dos veces siete”.

¹¹ Probablemente, el monasterio de Enda se hallaba en Inishmore, en las islas de Aran.

monjes que vivían con él, continuaron viaje hacia la parte más lejana de la región, donde habitaban sus familiares. Sin embargo, san Brendano se rehusó a visitarlos. Fijó su tienda en lo alto de un monte, cuya larga pendiente terminaba en el océano, donde había una entrada sólo para una nave. Ese lugar es conocido como el *asentamiento de Brendano*¹².

San Brendano y los que estaban con él, tomando herramientas, construyeron una nave muy ligera, sólida y con armazón de madera, según la costumbre de aquella región, y la cubrieron con cueros de bueyes, curtidos con corteza de roble. Untaron por fuera todas las costuras de los cueros con grasa. Después, pusieron dentro de la barca los cueros necesarios para fabricar dos naves más, las provisiones para cuarenta días, la grasa para preparar los cueros que cubrirían las naves y todos los utensilios necesarios para subsistir. Pusieron, además, en medio de la nave, un mástil con la vela y las cosas que sirven para gobernar la nave. Terminados los preparativos, san Brendano mandó embarcar a los hermanos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(Cap. 5. Los tres monjes que se agregaron)

Cuando sólo él quedó en tierra, bendijo el puerto. En ese instante, aparecieron tres hermanos que venían de su monasterio, y cayendo a sus pies le dijeron: “Padre, déjanos acompañarte a donde vayas. Si no moriremos aquí de hambre y sed. Pues deseamos peregrinar el resto de nuestra vida”. Al ver su angustiada súplica, el varón de Dios, les mandó entrar también en la nave, diciendo: “Que se haga vuestra voluntad, hijos míos” y agregó: “Sé por qué habéis venido. Este hermano ha obrado bien. Dios le ha preparado un lugar ideal. Pero a vosotros os tiene reservado un futuro realmente aterrador”.

(Cap. 6. La isla desierta)

San Brendano subió a la nave. Desplegaron las velas y comenzaron a navegar hacia el solsticio estival. Tenían viento a favor, por eso simplemente extendieron las velas, pues no necesitaban remar. Después de quince días el viento cesó, y entonces sí, comenzaron a remar hasta que se

¹² Hoy es la Montaña de san Brendano, en la Península Dingle, condado de Kerry.

agotaron sus fuerzas. San Brendano los consolaba, diciendo: "Hermanos, no os amedrentéis. Dios es nuestro auxilio, nuestra fuerza y nuestro guía. Guardad los remos y el timón. Dejad solamente la vela extendida, y que Dios haga lo que quiera con sus siervos y su nave". Siempre hacia la tarde, el tiempo refrescaba. A veces, tenían un poco de viento, pero no sabían de dónde venía o a dónde empujaba la nave.

Después de cuarenta días, se acabaron los alimentos. Pero apareció ante ellos, por el Norte, una isla muy alta y rocosa. Al acercarse a la orilla, vieron una cuesta altísima como un muro y algunos ríos que fluían de la cima hacia el mar. Mas no podían encontrar un lugar para fondear la nave. Entre tanto, los hermanos estaban muy atormentados por el hambre y la sed, y desesperados, tomaban recipientes para poder beber algo de agua. Al ver esto, san Brendano dijo: "No hagáis eso, es una estupidez. Dios aún no quiso mostrarnos el puerto para entrar y ¿vosotros pensáis en saquearlo? El Señor Jesucristo mostrará a sus siervos, después de tres días un puerto y un lugar para que se detengan y reconforten sus cuerpos tan fatigados".

Rodearon durante tres días la isla y hacia la hora nona hallaron un puerto por donde podía ingresar una sola nave. San Brendano se levantó y bendijo la entrada. Era una piedra de altura increíble, hendida en medio, formando dos muros elevados. Descendieron a tierra y san Brendano les ordenó que no bajaran nada de la nave.

Mientras caminaban por la orilla del mar, apareció, de cierto sendero, un perro que vino a los pies de san Brendano, como suelen hacer todos los perros con sus amos. Entonces, san Brendano dijo a sus hermanos: ¿Acaso Dios no nos envía un guía excelente? Sigámoslo". Lo siguieron y el perro los condujo hasta una población.

Al entrar en aquel poblado, vieron una gran morada con camas, asientos y agua para lavarse los pies. Se sentaron allí y san Brendano advirtió: "Hermanos, estad alerta para que Satán no os haga caer en la tentación. Estoy viendo cómo busca persuadir a uno de los tres hermanos de nuestro monasterio, que se nos unieron poco antes de partir, para que cometan un horrible robo. Orad por su alma, pues su cuerpo ya ha sido entregado en manos de Satán".

El lugar donde se hallaban estaba decorado en sus paredes por diferentes utensilios y vasos de distintos metales, y también con frenos y cuernos engarzados en plata. San Brendano entonces dijo a su ayudante, quien solía repartir el pan entre los hermanos: "Tráenos el alimento que Dios nos ha enviado". Él se levantó y encontró la mesa preparada, las servilletas, peces y panes para cada uno, que tenían una apariencia irresistible.

ble. Cuando todo estuvo servido, san Brendano lo bendijo y exhortó a los hermanos: “*Dad gracias al Dios del cielo que da alimento a todo viviente*”¹³. Los hermanos se sentaron y glorificaban a Dios. Al igual que lo que sucedía con la comida, hallaban toda la bebida que deseaban. Después de comer y concluir la obra de Dios, dijo el santo varón: “Descansad; hay un lecho bien preparado para cada uno. Conviene que repongáis vuestros miembros de un esfuerzo tan grande”. Pero cuando todos los hermanos se durmieron, san Brendano vio la labor del diablo, que bajo la apariencia de un niño etíope, tenía un hierro en la mano y jugaba con él sobre el hermano que antes mencionamos. Al punto san Brendano se levantó y comenzó a orar y así permaneció hasta que el día llegó. Al amanecer los hermanos se despertaron y se aprestaron para la obra de Dios.

Al regresar, tras ocho días de viaje en la nave, se encontraron con la mesa dispuesta como aquella vez, y de igual modo Dios preparó el alimento para sus siervos durante tres días y tres noches.

(Cap. 7. El robo del freno de plata)

Tras este descanso, san Brendano y sus compañeros reanudaron la marcha, pero les advirtió antes de partir: “Que ninguno de vosotros se lleve algo de lo que hay en esta isla”. Ellos le respondieron: “Padre, ningún robo profanará nuestro viaje”. Entonces, dijo san Brendano: “Mirad, vuestro hermano, aquél de quien ayer advertí, tiene un freno de plata escondido entre sus ropas, en su seno. Esta noche el diablo se lo habrá ganado”. Al oír esto aquel hermano sacó el freno, lo arrojó y se postró a los pies del hombre de Dios, diciendo: “Padre, perdóname, he pecado. Ruega para que mi alma no se pierda”. En ese instante todos se prosternaron en tierra y oraban al Señor por el alma del hermano. El santo Padre mandó que se levantaran y también al hermano pecador. Entonces, vieron salir de su seno un pequeño etíope, que se lamentaba diciendo: “¿Por qué, hombre de Dios, me expulsas de este lugar que he habitado desde hace siete años, y me quitas mis pertenencias?”. San Brendano respondió a esta voz: “Te lo ordeno en nombre del Señor Jesucristo: No vuelvas a apoderarte de ningún hombre hasta el día del juicio”.

Después el varón de Dios, se volvió hacia este hermano y dijo: “Recibe el cuerpo y la sangre del Señor, porque hoy tu alma saldrá de tu

¹³ *Sal* 135,25.

cuerpo. Aquí, pues, tendrás tu sepultura. Pero tu hermano, el que vino contigo desde nuestro monasterio, tiene su sepultura en el infierno. Al recibir la eucaristía, el alma del hermano salió de su cuerpo y los hermanos vieron cómo era recibida por los ángeles de la luz. El cuerpo de este hermano se halla sepultado en el mismo lugar que el de el Padre (Brendano).

(Cap. 8. El procurador)

Los hermanos junto con san Brendano llegaron finalmente a la orilla de esta isla, donde habían dejado su nave. Cuando subieron a la embarcación apareció un joven que traía un canasto lleno de panes y una tinaja de agua. Les dijo: "Recibid la bendición de la mano de vuestro siervo. Os queda por delante un largo viaje hasta que halléis la consolación. Pero no os faltará el pan ni el agua, desde hoy hasta el día de Pascua". Ellos aceptaron el regalo, y comenzaron a navegar, alimentándose siempre, cada dos días. Orientaron la nave hacia otros lugares del océano.

(Cap. 9. La isla de las ovejas)

Cierto día vieron una isla no muy lejos de ellos. Al dirigirse hacia ella, sopló un viento favorable, de modo que no necesitaron esforzarse más de lo que podían sus fuerzas. Cuando la nave varó en la costa, el varón de Dios les ordenó descender, pero él salió después que ellos. Tras esto, comenzaron a recorrer la isla y vieron aguas muy abundantes que brotaban de distintas fuentes, llenas de peces. San Brendano dijo: "Realicemos aquí la Obra de dios. Hagamos aquí el sacrificio a Dios de la hostia inmaculada, porque hoy es la cena del Señor". Allí permanecieron hasta el Sábado Santo de la Pascua.

Después siguieron recorriendo la isla y hallaron distintos rebaños de ovejas de un solo color, blanco, de forma tal que no podían ver la tierra por causa de la cantidad. San Brendano entonces, reunió a los hermanos y les dijo: "Tomad de la grey lo que haga falta para el día de la fiesta". Los hermanos obedecieron sin demora el mandato del varón de Dios. Tomaron una oveja del rebaño, la sujetaron por la cabeza, pero ella, como si estuviera domesticada, seguía mansamente al que la sostenía. Se la llevaron al varón de Dios. Éste dijo a uno de los hermanos: "Toma también del rebaño, al cordero inmaculado". Y lo trajo al momento, como si hubie-

ra estado junto a él.

Así, al día siguiente, mientras preparaban todo, apareció un hombre que tenía un canasto lleno de panes cocidos y el resto de las cosas que ellos necesitaban. Puso todo delante del varón de Dios y se postró tres veces ante el Padre santo, diciendo: “¿De dónde he merecido, perla divina, que estos días santos te alimente del trabajo de mis manos?”. San Brendano lo levantó, le dio un beso y le dijo: “Hijo, el Señor Jesucristo nos ofrece un lugar donde poder celebrar su Resurrección”. Este hombre santo le respondió al varón de Dios: “Padre, celebrad aquí este Sábado Santo, pero ya veréis que Dios os concederá celebrar la Vigilia y los oficios de la fiesta de su Resurrección en la isla que os mostró”.

Tras decir esto, colmó a los siervos de Dios de regalos y de todo lo necesario para preparar la festividad del día siguiente. Cuando terminó todo esto, cargaron la nave y dijo a san Brendano: “Vuestra pequeña nave no puede cargar mucho más. Yo os daré dentro de ocho días el alimento y la bebida necesarios hasta Pentecostés”. San Brendano dijo entonces: “¿Cómo sabes dónde estaremos en ocho días?”. Respondió: “Esta noche llegaréis a la isla que visteis ya cercana; estaréis allí hasta mañana al mediodía; después navegaréis hacia la otra isla, que no está muy lejos de su costa occidental, que es llamada el paraíso de las aves. Os quedaréis allí toda la octava de Pascua”.

San Brendano le preguntó cómo podían tener tal tamaño esas ovejas, pues eran más grandes que bueyes. Él le respondió: “Nadie, en esta isla, las ordeña, ni las encierran durante el invierno, sino que siempre permanecen, día y noche, en los pastizales. Por eso son más grandes que las de vuestras regiones”. Después subieron a la nave y dándose la bendición unos a otros, continuaron la navegación.

(Cap. 10. Jasconius)

Al llegar a otra isla, apostaron la nave frente a un sitio por donde pudieran descender. San Brendano mandó a los hermanos salir de la nave y echarse al mar, y así lo hicieron. Ellos remolcaban la nave con sogas de ambos lados, hasta llegar a la costa. Aquella isla era pedregosa, sin ninguna clase de hierbas; no había árboles ni arena en sus orillas. Los hermanos pasaron la noche fuera en oraciones y vigiliias, pero el varón de Dios permaneció sentado en la nave. Él sabía, en efecto, cuál era esa isla, pero no quiso decírselos para que no se aterrorizaran.

Por la mañana, mandó a los sacerdotes que cada uno cantara la

Misa. Pero mientras san Brendano se hallaba dentro de la nave, celebrando la Misa, los hermanos comenzaron a sacar de ella carnes crudas, y a condimentarlas con sal. Agregaron también algunos peces que se habían llevado de otra isla. Después pusieron una olla sobre las brasas. Ellos siguieron avivando el fuego, pero cuando hirvió la olla, la isla comenzó a moverse como una ola. Los hermanos corrieron a la nave a pedir el auxilio del santo Padre. Él, con sus manos, los arrastró hacia el interior, y dejando todo en la isla, reanudaron el viaje. Entonces, ésta se sumergió en el océano. Pero aún a más de dos millas de distancia, podía verse un fuego ardiente.

Después, san Brendano explicó qué había sido aquello: “Hermanos, ¿os sorprende lo que sucedió con esta isla?”. Le respondieron: “Estamos perplejos y no pequeño es el temor que nos arrebató”. Él dijo: “Hijitos, no tengáis miedo; Dios me reveló esta noche, por una visión, el misterio de todo esto. No era una isla, donde nos hallábamos, sino un pez, el más grande de todos los que nadan en el océano. Siempre intenta unir la cola con su cabeza, pero no puede por su longitud, Su nombre es Jasconius”.

(Cap. 11. La isla de los pájaros)

Después regresaron a la isla, en la que antes habían permanecido tres días, y al llegar a su límite occidental vieron otra isla casi unida a ésta, separada tan sólo por un pequeño paso. Era muy fértil y llena de flores y frondosos árboles. Entonces, comenzaron a buscar en torno un lugar para amarrar. Navegaron hacia la costa meridiana y hallaron un canal que salía al mar y finalmente por allí se adentraron. San Brendano les ordenó entonces que, con cuerdas, amarraran bien la nave en medio del cauce del río. Pues aquel arroyo era apenas tan ancho como la embarcación. El Padre estaba sentado en la nave, y así la llevaron durante una milla hasta que hallaron el origen de aquella vertiente. San Brendano dijo entonces: “Mirad, Nuestro Señor Jesucristo nos dio un lugar para quedarnos durante su Resurrección”, y agregó, “creo que si nouviésemos más víveres que esta fuente, nos bastaría aún para comer y beber”. Junto a ésta había un árbol. Su altura y su anchura eran increíbles, y estaba lleno de adorables aves. Ellas cubrían sus hojas y sus ramas, hasta tal punto que casi no se distinguía el árbol. Al ver esto el varón de Dios, reflexionaba en su interior y se preguntaba qué sería eso, o por qué había tal cantidad de aves en una sola planta. Y tanto lo agobiaba este interrogante que derramó lágrima-

mas y con gemidos rogó a Dios: “Oh Dios, conocedor de lo desconocido y develador de todo lo escondido, Tú conoces la angustia de mi corazón. Suplico a tu majestad que por tu gran misericordia te dignes revelarme, a mí pecador, tu secreto, éste que ahora veo con mis ojos. No tengo en cuenta mis méritos ni mi dignidad, sino sólo tu inmensa clemencia”.

Voló sobre la nave donde estaba sentado el varón de Dios, haciendo resonar sus alas como campanillas. Finalmente se posó en la punta de la proa; extendió sus alas como signo de alegría y miraba con rostro sereno al Padre santo. El varón de Dios reconoció entonces que Dios había escuchado su pedido y dijo al ave: “Si tú eres mensajero de Dios, cuéntame ¿de dónde vienen estas aves y por qué se hallan todas en un solo árbol?”

El ave le dijo: “Somos parte de aquel gran desastre del antiguo enemigo, a pesar de que no consentimos en su pecado. Mas cuando fuimos creadas también acaeció nuestra ruina por causa de su caída y la de sus secuaces. Sin embargo, nuestro Dios es justo y veraz. Por su sabio designio nos mandó a este lugar. No padecemos penas. Aquí podemos ver la presencia de Dios, pero Él sólo nos apartó de la comunidad de los que no cayeron. Nosotras, como los otros espíritus que envió aquí, vagamos por diversas partes en los aires, el firmamento y la tierra. Pero, en los días santos y en los Domingos recibimos un cuerpo como ahora y aquí permanecemos alabando a nuestro Creador. Tú y tus compañeros llevan un año de viaje, pero les restan seis más. Allí mismo donde hoy celebráis la Pascua, volveréis a celebrarla año tras año, y recién después hallarás lo que anhela tu corazón, esto es la tierra de la promesa de los santos”. Después de decir esto, abandonó la proa y voló hacia las otras aves.

Cuando llegó la hora de la tarde, todas las aves que estaban en el árbol, tocándose con sus alas, comenzaron a cantar a una voz: “*A ti oh Dios, se deben los himnos en Sión, a ti se te cumplen los votos, en Jerusalén*”¹⁴. Y así repetían, por espacio de una hora, este versículo. El varón de Dios y los que estaban con él creían oír en aquella modulación y en el aleteo, como el cantar de poesías, por su dulzura y suavidad.

Entonces, san Brendano dijo a sus hermanos: “Reconfortad vuestros cuerpos, porque hoy nuestras almas han sido saciadas con la refeción divina”. Terminada la cena, iniciaron la Obra de Dios. Al despertarse, el varón de Dios, comenzó a levantar a los hermanos para las vigiliass de la santa noche, con el versículo: “*Señor, abrirás mis labios..*”¹⁵. Concluida

¹⁴ Sal 64,2.

¹⁵ Sal 50,17. Con este versículo se empiezan cotidianamente las Vigiliass, el primer Oficio del día.

la oración del santo varón, todas las aves proclamaban con sus alas y sus bocas: *“Alabad al Señor, todos sus ángeles, alabadlo todos sus ejércitos”*¹⁶. Y del mismo modo, cantaban hasta la hora de vísperas, siempre por espacio de una hora. Al brillar la aurora, comenzaron a cantar: *“Que brille sobre nosotros el resplandor del Señor Dios”*; de igual forma y con la misma cantidad de salmos que en las alabanzas matutinas. En la hora tercia cantaba el versículo: *“Cantad salmos a nuestro Dios, cantad a nuestro rey, cantad con sabiduría”*¹⁷. En sexta: *“Haz brillar tu rostro sobre nosotros, Señor, y ten piedad”*¹⁸. En nona salmodiaban: *“Ved qué bueno y qué gozoso, que los hermanos vivan unidos”*¹⁹. Así, día y noche, las aves ofrecían las alabanzas a Dios. San Brendano reanimaba a sus hermanos, hasta que llegara el octavo día después de la Pascua.

Al terminar los días de fiesta, dijo: *“Recojamos de esta fuente el agua necesaria, pues aún no la usamos sino para lavarnos las manos y los pies”*. Mientras decía esto, aquel santo hombre que se habían encontrado antes del Triduo Pascual, aquél que les dio las cosas necesarias para la fiesta, llegó con su nave llena de comida y bebidas.

Bajó todo de la nave y lo puso ante el santo Padre, diciendo: *“Hermanos, aquí tenéis suficiente hasta el día santo de Pentecostés; no bebáis de esta fuente pues es peligrosa. Os contaré algo sobre ella: Si alguien bebe de ella, al punto lo atrapa un sopor, que le impide estar despierto hasta después de doce horas. Sin embargo, brota normalmente de la fuente y tiene el gusto y la apariencia del agua ordinaria”*. Después, recibió la bendición del santo Padre, y volvió a su lugar.

San Brendano se quedó allí durante la octava de Pentecostés, ya que el canto de las aves lo reconfortaba sobremanera. El día de Pentecostés, después de que el varón de Dios y los hermanos celebraron la Misa, el procurador trajo todo lo necesario para la fiesta del día. Mientras se hallaban a la mesa todos juntos, les dijo: *“Os queda todavía un largo viaje. Llenad vuestras vasijas de esta fuente y llevad panes secos, que podéis guardar hasta el próximo año. Yo os aprovisionaré tanto como vuestra nave pueda contener”*. Terminada la comida, recibió la bendición y volvió a su lugar.

Ocho días más tarde san Brendano hizo cargar la nave de todo lo

¹⁶ Sal 148,2.

¹⁷ Sal 46,7.

¹⁸ Sal 66,2.

¹⁹ Sal 132,1.

que había traído este hombre, y mandó llenar todas las tinajas con el agua de aquella fuente. Cuando llegaron a la orilla, el mismo pájaro vino volando velozmente y se posó en la proa de la nave. El varón de Dios se dio cuenta de que quería decirles algo. Entonces, el ave dijo, con voz humana: “El año próximo, para este mismo tiempo, celebraréis con nosotros el día santo de la Pascua. Y donde habéis pasado el día de la Cena del Señor, allí estaréis el año que viene. Igualmente, celebraréis la noche de Pascua en el dorso de Jasconius, donde primero estuvisteis. También hallaréis, luego de ocho meses, una isla, que es conocida como la isla de la comunidad²⁰ de Ailbe, y allí celebraréis la Natividad del Señor”. Después de decir esto, se volvió a su lugar.

Los hermanos extendieron la vela y se adentraron en el océano, mientras las aves cantaban a una voz: “*Escúchanos Dios, salvador nuestro, esperanza de todos los confines de la tierra y de los mares lejanos*”²¹.

(Cap. 12. La isla Ailbe)

Así pues, durante tres meses, el Padre santo y sus siervos fueron arrastrados de aquí para allá sobre la superficie del mar; sólo veían el cielo el mar, y se alimentaban cada dos o tres días.

Un día divisaron una isla no muy lejana, y cuando se aproximaban un viento los alejó del lugar adecuado para amarrar. Navegaron, entonces, durante cuarenta días en torno a la isla, sin poder hallar un refugio. Los hermanos que estaban en la nave comenzaron a pedir a Dios con lágrimas que los auxilie, ya que sus fuerzas casi se agotaban. Pero, tras permanecer tres días en continua oración y ayuno, apareció ante ellos un lugar adecuado, aunque tan pequeño que sólo cabía una nave, y vieron allí dos fuentes, una turbia y la otra clara. Los hermanos se arrojaron con jarras para beber de ellas. Al verlos, dijo el varón de Dios: “Hijitos, no hagáis nada sin el permiso de los ancianos que viven en esta isla. Ellos os

²⁰ Literal: “Familia”. Este término etimológicamente viene de la palabra *famulus*, esclavo, siervo, y designaba en el imperio Romano a todas las personas que vivían bajo la potestad del *paterfamiliae*, padre de la familia; alcanzaba a su esposa, hijos, nietos, como también a los esclavos y demás personas que le servían. La tradición monástica continuó su uso, acentuando el carácter de relación de filiación y de obediencia entre el monje y su abad, y el carácter doméstico de la comunidad que habita un monasterio.

²¹ *Sal* 64,6.

darán de buena gana lo que ahora pretendéis beber a escondidas”. Descendieron de la nave, y mientras deliberaban a dónde irían, salió a su encuentro un anciano de admirable gravedad, con blancos cabellos y el rostro resplandeciente, que se postró tres veces en tierra antes de besar al varón de Dios. Pero san Brendano y los que estaban con él lo levantaron de la tierra y se saludaron unos a otros. Después, el anciano los llevó hasta el monasterio que distaba casi un estadio de allí²².

Al llegar, san Brendano, seguido de quienes lo acompañaban, se detuvo ante las puertas del monasterio y dijo al anciano: “¿De quién es este monasterio, quién lo gobierna, o de dónde vienen los que viven aquí?”. Y con otras preguntas apremiaba al anciano, sin obtener respuesta. Éste, demostrando una increíble mansedumbre, permanecía en silencio. En ese instante, el santo Padre reconoció que se trataba de una observancia de aquel monasterio y exhortó a los hermanos: “Cuidad vuestras bocas de palabras vanas para no contaminar a estos hermanos con vuestra frivolidad”. Entonces, once hermanos salieron a su encuentro con cestos²³, cruces y cantando himnos; al llegar empezaron el versículo: “*Levantaos, santos de Dios, salid de vuestras moradas al encuentro con la verdad; santificad este lugar, bendecid a la gente y dignaos conservar la paz con vuestros siervos*”²⁴. Cuando terminaron, el Padre del monasterio besó a san Brendano y por orden a cada uno de los hermanos. También lo hicieron así sus hijos. Después de darse la paz unos a otros, llevaron a los hermanos al monasterio para orar, según es costumbre en Occidente. Al concluir, el abad del monasterio y sus monjes lavaron los pies a los huéspedes y cantaban la antifona: “*Mandatum novum*”²⁵. Luego los condujo con gran silencio al refectorio y tras dar la señal y lavarles las manos, los hizo sentar. Dio nuevamente la señal, y uno de los Padres del monasterio se levantó de entre los hermanos y se puso a servir la mesa con panes de admirable apariencia y ciertas raíces de increíble sabor. Los hermanos se sentaron mezclándose con los huéspedes, pero respetando el orden. Se ponía siempre un pan entero cada dos hermanos. Y cuando recibía la

²² Alrededor de 125 pasos.

²³ El texto latino trae el término *capsa, ae*, que designaba el recipiente, generalmente de mimbre o cuero, en el que se guardaban y transportaban los rollos de pergamino, o reliquias.

²⁴ Estos versículos pertenecen probablemente a un himno antiquísimo de uso en monasterios irlandeses para la recepción de los huéspedes.

²⁵ Antifona que se canta durante el lavatorio de pies en la liturgia de la Misa del Jueves Santo.

señal, el mismo servidor les daba agua. El abad exhortaba también a los hermanos, con gran júbilo, diciendo: “Tened la caridad de beber ahora con alegría y temor de Dios, de la fuente de la que hoy quisisteis beber a escondidas. En la otra fuente turbulenta que habéis visto, los hermanos se lavan diariamente los pies, porque todo el tiempo mana caliente. Los panes que veis, sin embargo, no sabemos dónde han sido preparados, o quién los trajo a nuestra casa, por eso nos es evidente que la gran misericordia de Dios, por medio de alguna criatura, se los ofrece a sus siervos. Aquí somos veinticuatro hermanos. Todos los días tenemos doce panes para alimentarnos, uno cada dos hermanos. En los días de fiesta y los Domingos, Dios da un pan entero a cada uno, para que pueda también cenar con los restos. Pero ahora por causa de vuestra visita, recibimos una ración doble. De este modo, Cristo nos alimenta desde el tiempo de nuestros Padres san Patricio y san Ailbe, hasta el día de hoy, ochenta años más tarde. Sin embargo, en nuestros miembros prácticamente no se han hecho sentir la vejez ni la falta de vigor. En esta isla no necesitamos comer nada cocido al fuego. Nunca el frío ni el calor nos agobian. Las velas que se encienden en nuestra iglesia para la celebración de las Misas o de las Vigilias, son las mismas que trajimos desde la tierra de nuestra divina predestinación y arden hasta el día de hoy, sin consumirse”.

Después de beber tres veces, el abad, según la costumbre, dio la señal y los hermanos se levantaron de la mesa todos juntos, con gran silencio y gravedad y se dirigieron a la iglesia precediendo a los santos Padres. Tras ellos, iban san Brendano y el Padre de aquel monasterio. Al entrar en la iglesia, otros doce hermanos les salieron al encuentro y se arrodillaron con fervor; pero san Brendano mirándolos dijo: “Padre, ¿por qué estos hermanos no comieron con nosotros?”. Le respondió: “Porque con vuestra llegada no entrábamos todos en la mesa. Ellos se alimentarán ahora y nada les faltará. Nosotros, por nuestra parte, cantemos las Vísperas, para que nuestros hermanos que ahora comen puedan luego cantar a tiempo las Vísperas después de nosotros”.

Tras concluir la obligación vespertina, san Brendano examinaba con atención la iglesia. Era, en efecto, cuadrada²⁶, pues su longitud era igual que su ancho y tenía siete lámparas²⁷, tres delante del altar que se hallaba en el centro, y dos delante de otros dos altares. Los altares eran cuadrados y de cristal, como también los vasos, esto es las patenas, los

²⁶ Cf. Ez 48,16; Ap 21,16.

²⁷ Cf. Ex 25,37; Nm 8,2; Ap 1,12.

cálices, las vinajeras y los otros vasos del culto divino; había también veinticuatro sillas distribuidas en la iglesia²⁸. El lugar donde se sentaba el abad estaba entre los dos coros; en efecto, un brazo del coro empezaba en él, y lo mismo el otro. Ninguno de los dos coros se atrevía a empezar un verso sino el abad. Más aún, en el monasterio no se oía otra voz o ruido alguno. Si algún hermano necesitaba algo se presentaba ante el abad, se arrodillaba ante él y pedía en su corazón lo que necesitaba. Al instante, el santo Padre, tomando una tabla y algo para escribir, trazaba lo que Dios le revelaba y daba al hermano lo que pedía.

Mientras san Brendano consideraba todo esto en su interior, le dijo el abad: "Padre, ya es tiempo de regresar al refectorio para que todo se haga con luz del día²⁹". Así lo hicieron entonces, del mismo modo que para la comida. Terminadas las actividades del día, todos se dispusieron con fervor para rezar Completas. Después el abad empezó el versículo: "*Dios mío ven en mi auxilio*"³⁰ y todos juntos dieron gloria a la Trinidad. Luego, comenzaron a cantar el versículo: "*Obramos injustamente, hicimos lo que es malo; Tú, Señor, que eres un Padre piadoso, ten piedad; En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque Tú, Señor, me has confortado verdaderamente en mi esperanza*"³¹. Tras esto, comenzaban a cantar el oficio que correspondiera a cada hora.

Terminado ya el canto de los Salmos, todos los hermanos se dirigían a sus celdas, llevando consigo a los huéspedes. El Abad junto con san Brendano permanecía en la iglesia, esperando la llegada de la luz. San Brendano preguntó al santo Abad cómo pueden existir tal silencio y modo de vida, en el género humano. Entonces el Abad respondió con inmensa reverencia y humildad: "Abba, te confieso delante de Cristo: Hace ochenta años que llegamos a esta isla y ninguna voz humana hemos escuchado excepto al cantar las alabanzas de Dios. Entre nosotros, ninguna de las veinticuatro voces se levanta sino por un signo de manos o de ojos de alguno de los mayores. Desde que llegamos a este lugar ninguno de nosotros soportó enfermedad de la carne o del espíritu, como suele afectar al género humano".

Dijo san Brendano: "¿Nos está permitido estar ahora aquí o no?". Le respondió: "No, no lo está; porque no es la voluntad de Dios. ¿Por qué

²⁸ Ap 4,4.

²⁹ Cf. RB 41,8.

³⁰ Sal 26,23. Este versículo se usa para iniciar todos los Oficios durante el día.

³¹ Sal 4, 8; Ba 2,12; Jdt 7,19; Sal 4,6; Sal 62,2.

me lo preguntas, Padre? ¿Acaso Dios no te reveló lo que debías hacer, antes de llegar? Es necesario que vuelvas con tus catorce hermanos a tu lugar. Pues allí Dios preparó el lugar para vuestra sepultura. Pero, respecto de los otros dos, uno peregrinará en la llamada isla de los anacoretas, y el otro será condenado a la muerte más horrible en los infiernos”.

Mientras hablaban todo esto en su interior, vieron una flecha incandescente que entró por la ventana y encendió las lámparas puestas delante del altar, y finalmente salió fuera. Pero la preciosa luz permaneció en las lámparas. De nuevo le preguntó san Brendano: “¿Quién apaga las lámparas por la mañana?”. El santo Padre le respondió: “Ven y verás una cosa misteriosa. Ves las velas prendidas en medio de los vasos, pero nada se consume, de modo que disminuyan o se extingan, ni queda ninguna ceniza por la mañana, porque la luz es espiritual”. San Brendano le dijo: “¿Cómo puede en una criatura corpórea arder corporalmente la luz incorpórea?”. Le respondió el anciano: “¿Acaso no leíste sobre la zarza ardiente en el monte Sinaí? Y sin embargo, aquella zarza permaneció indemne del fuego”.

Pasaron toda la noche en vigiliat hasta el amanecer. San Brendano pidió, entonces, el permiso para continuar su viaje. El anciano le dijo: “No, Padre, tú debes celebrar con nosotros la Navidad del Señor hasta la octava de Epifanía”. Así pues, el santo Padre permaneció con sus hermanos en aquella isla que se llama isla de la comunidad de Ailbe, junto a los veinticuatro Padres.

(Cap.13. El manantial soporífero)

Cuando terminaron los festejos, después de recibir las provisiones y la bendición de los santos varones, san Brendano y los que lo seguían extendieron la vela de su nave y al punto se adentraron en el mar. Así, impulsada tanto por los remos como por la ayuda de la vela, la nave fue llevada por distintos lugares del mar hasta el inicio de la Cuaresma.

Cierto día vieron una isla en una región no muy distante. Al verla los hermanos remararon con más fervor, pues ya estaban atormentados por la sed y el hambre. En efecto, la comida y la bebida se habían acabado tres días después de salir. Al llegar, el santo Padre bendijo la costa y los hermanos bajaron de la nave. Allí hallaron una fuente purísima; en torno a ella había distintas hierbas y raíces y diversas clases de peces nadaban en su fondo, por donde se comunicaba con el mar.

San Brendano dijo a sus hermanos: “Dios nos ha dado este con-

suelo tras los esfuerzos. Tomad los peces que sean necesarios para nuestra cena y asadlos al fuego. Recoged también las hierbas y raíces que el Señor preparó para sus siervos". Y así lo hicieron. Pero cuando vertían el agua para beber les dijo el hombre de Dios: "Hermanos, evitad abusar de este agua para no agobiar vuestros cuerpos". Pero los hermanos no consideraron igualmente la advertencia del varón de Dios. Unos bebieron una sola copa, otros dos y el resto tres. Éstos sufrieron un intenso sopor durante tres días y tres noches; los otros dos días y dos noches, y los primeros un día y una noche. Sin embargo, el santo Padre oraba sin cesar al Señor por sus hermanos, quienes por ignorancia se hallaban en tal peligro.

Después, a los tres días, dijo el santo Padre a sus compañeros: "Hermanos huyamos de esta muerte para que no nos suceda algo peor. Puesto que el Señor nos dio estos alimentos y vosotros habéis abusado de ellos, dejemos entonces esta isla. Tomad los peces necesarios para tres días, hasta el día de la cena del Señor. También un jarro de agua para cada uno de los hermanos, e igualmente con las raíces". Cargaron la nave con todas las cosas que les ordenó el hombre de Dios. Extendieron la vela y comenzaron a navegar hacia el océano bordeando la costa septentrional.

(Cap 14. El mar coagulado)

Tres días y tres noches más tarde, el viento cesó y el mar parecía haberse como coagulado por la gran tranquilidad. El santo Padre dijo: "Guardad los remos en la nave y recoged la vela, ya que Dios la gobierna. Que Él nos lleve a donde quiera". Y la nave fue llevada de este modo durante casi veinte días. Después, Dios suscitó nuevamente un viento próspero, de Occidente hacia Oriente. Entonces, pues, extendieron en alto la vela y comenzaron a navegar. Siempre se alimentaban cada tres días.

(Cap. 15. Celebración de las festividades)

Un día apareció una isla lejana semejante a una nube. San Brendano les dijo: "¿Hijos reconocéis esa isla?" Pero ellos le dijeron: "No, de ningún modo". Él les dijo: "Yo sí la conozco. Es la isla en la que estuvimos el año pasado en el día de la Cena del Señor, donde vive nuestro buen procurador". Entonces los hermanos, por la alegría, comenzaron a navegar con más fervor, tanto como sus fuerzas les permitían. Al ver esto,

el hombre de Dios les dijo: “Hijos, no fatiguéis tontamente vuestros miembros, ¿acaso no es Dios omnipotente quien dirige y gobierna nuestra pequeña nave? Dejadlo todo a él, pues es quien dirige nuestro viaje como quiere”.

Cuando se acercaron a la orilla de esta isla, nuevamente el procurador les salió al encuentro en una pequeña nave y los condujo al puerto en el que habían descendido el año anterior. Alababa a Dios y besaba los pies de cada uno comenzando por el santo Padre hasta el menor de los hermanos. Después dijo: “*Dios es admirable en sus santos. El Dios de Israel dará el poder y la fuerza a su pueblo*”. Después de terminar el versículo y de bajar todos de la nave armó las tiendas y preparó los lavabos, pues era la Cena del Señor. Dio a los hermanos vestimentas nuevas y los llenó de honores durante tres días. Los hermanos celebraron con gran devoción la Pasión del Señor hasta el Sábado Santo. Cumplieron las prescripciones del día Sábado e inmolaron a Dios las víctimas espirituales. Después de la Cena dijo el procurador a san Brendano y a los que estaban con él: “Preparaos y subid a la nave para que podáis celebrar la noche santa del Domingo de Resurrección en el mismo lugar donde lo hicisteis el año anterior. Permaneceréis allí hasta la hora sexta, después navegaréis hasta la llamada Isla de las Aves, donde estuvisteis el año pasado desde Pascua hasta la octava de Pentecostés. Llevad con vosotros las cosas necesarias para comer y beber. Yo iré a visitaros el Domingo siguiente. Ellos así lo hicieron. Él mismo cargó la nave con panes y bebidas, carnes y otros manjares, tantos como en ella cupieron. San Brendano, dada la bendición, subió a la nave y comenzaron enseguida a navegar hacia la otra isla.

Al acercarse al lugar donde debían desembarcar, encontraron las ollas que habían dejado el año anterior. San Brendano bajó de la nave con sus hermanos y comenzó a cantar el Himno de los Tres Jóvenes hasta el final³². Cuando terminaron, el hombre de Dios exhortó a los hermanos de este modo: “Hijos, vigilad y orad para no caer en tentación. Considerad cómo Dios sometió, sin ninguna dificultad, a esta bestia, la más monstruosa, bajo nuestros pies”. Los hermanos pasaron la noche despiertos, dispersos por toda la isla, hasta las vigilias matutinas. Después cada uno de los sacerdotes ofreció a Dios la Misa matutina, hasta la hora tercia. San Brendano inmoló entonces a Dios el Cordero inmaculado. Dijo a los hermanos: “El año pasado celebré aquí la Resurrección del Señor y lo mismo sucedió este año”. Después se dirigieron a la isla de las aves.

³² *Dn* 3,52-90.

Al llegar al puerto preparado en esa isla, todas las aves cantaban a una voz: “*La salvación es de nuestro Dios que está sentado en el trono y del Cordero*”³³. Y de nuevo: “*El Señor Dios nos iluminó. Ordenad un día de fiesta con una procesión hasta los cuernos del altar*”³⁴. Tanto unas voces como las otras resonaron por media hora hasta que el santo Padre con su santa familia³⁵ y los que estaban con él, dejaron las naves y armaron sus tiendas. Allí celebró la Pascua con sus siervos. Entonces, apareció el procurador, como ya lo había anunciado en el Domingo de la Octava de Pascua. Traía consigo todas las cosas necesarias para su subsistencia. Cuando se sentaron a la mesa, el ave que se hallaba en la proa de la pequeña nave extendió sus alas, haciendo un estrépito semejante al sonido de un gran órgano. Entonces, el hombre de Dios reconoció que el ave quería indicar algo. El ave dijo: “Dios os señaló cuatro lugares en cuatro momentos particulares hasta el día en que concluyan vuestros siete años de peregrinación. Estos son: la Cena del Señor con vuestro procurador, que se hace presente cada año; en el dorso de la gran bestia celebraréis la Pascua; con nosotros las fiestas pascuales hasta la octava de Pentecostés; y la Navidad del Señor con los de Ailbe. Pero después de siete años, y superando grandes y diversos sucesos, hallaréis la *tierra de la promesa de los santos* que buscáis. Allí habitaréis cuarenta días, después de los cuales Dios os hará regresar a vuestra tierra natal”. El santo Padre la escuchó y luego se postró en tierra con sus hermanos, dando gracias y alabanzas a su Creador. Cuando el venerable anciano finalizó todo esto, el ave retornó a su lugar.

Enseguida, al terminar la comida, dijo el procurador: “Ojalá yo vuelva a vosotros en el día de la Venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, con vuestras provisiones”. Recibida la bendición del santo Padre, y de todos los que estaban con él, regresó a su lugar. El venerable Padre permaneció allí, pues, los días previstos. Al terminar los días festivos, san Brendano ordenó a los hermanos preparar las naves y llenar las vasijas de la fuente. Cuando condujeron la nave hacia el mar, el procurador llegó hasta los hermanos con la nave cargada de comida. Luego, tras haber puesto todas las cosas en la pequeña nave del santo varón y besado a todos, regresó a su lugar.

³³ Cf. *Ap* 19, 1.

³⁴ *Sal* 117, 27.

³⁵ Ver nota 17.

(Cap. 16. El combate de los peces)

El venerable Padre navegó con sus compañeros en el océano durante cuarenta días. Pero cierto día apareció detrás de ellos, a la distancia, una bestia de tamaño extraordinario, que lanzaba espuma por las narices y surcaba las olas a toda velocidad en dirección a ellos, como si quisiera devorarlos. Mas al ver esto, los hermanos clamaban al Señor: "Libranos, Señor, para que esta bestia no nos devore". San Brendano los confortaba diciendo: "No temáis, hombres de poca fe. Dios, que siempre es nuestro defensor, nos librára de las fauces de esta bestia y de todo peligro". Mas cuando ésta se aproximó, una ola de altura admirable se interpuso entre ella y la nave, mientras que los hermanos se atemorizaban más y más. El venerable anciano extendió sus manos al cielo y dijo: "Señor, libra a tus siervos, así como liberaste a David de las manos del gigante Goliath. Señor, líbranos como liberaste a Jonás del vientre del gran pez". Al concluir estos tres versículos, apareció de repente una bestia gigantesca desde el Occidente, que pasó junto a ellos y fue al encuentro de la otra bestia. Al punto se precipitó contra ella, como si lanzara fuego de su boca. Pero el anciano dijo a sus hermanos: "Ved, hijitos, las maravillas de nuestro Redentor. Ved la obediencia de las bestias a su Creador. Aguardad ahora a que todo concluya, pues nada malo os sucederá en esta batalla, sino que será para gloria de Dios". Mientras decía esto, la bestia miserable que perseguía a los siervos de Cristo fue cortada en tres partes delante de ellos, y la otra, después de vencer, se volvió a donde había salido.

Otro día avistaron una isla muy forestada y espaciosa. Al acercarse a ella y descender de la nave vieron en la orilla la parte posterior de la bestia. San Brendano dijo: "Ved a la que nos quiso devorar. Ahora vosotros la devoraréis. Deberéis aguardar mucho tiempo en esta isla. Levantad, por tanto, vuestra nave más alto, en la tierra, y buscad lugar en esta selva para poder armar vuestras tiendas". El mismo santo Padre les señaló el lugar para vivir. Después de que hicieron todo según el precepto del varón de Dios y pusieron en las tiendas todos los utensilios, dijo san Brendano a sus hermanos: "Tomad de esta bestia vuestras provisiones para tres meses, pues esta noche el cadáver será devorado por las bestias". Ellos juntaron carne hasta la hora de vísperas, tanto como les era necesario, según el mandato del santo Padre. Pero al terminar, dijeron los hermanos: "Abba, ¿Cómo podemos vivir aquí sin agua? Les respondió: "¿Acaso para Dios es más difícil daros agua que alimento? Id pues, hacia la costa norte de esta isla, y hallaréis una fuente purísima y muchas hierbas y raíces. Traed de allí algunas provisiones para mí, según lo que sea

necesario". Y hallaron todo como el varón de Dios les había anunciado. Allí, por tanto, san Brendano permaneció tres meses, ya que en el mar había gran tempestad, viento fuertísimo y gran inestabilidad en el aire por la lluvia y el granizo. Los hermanos, por su parte, fueron a ver lo que el varón de Dios había dicho sobre aquella bestia. Al llegar al lugar donde se hallaba el cadáver, no hallaron sino huesos. Enseguida fueron donde el varón de Dios, diciendo: "Abba, sucedió tal como dijiste". Les respondió: "Hijitos, sé que quisiste probar si era verdad o no lo que os había anunciado, pero agregaré otro signo: Esta noche irá allí una gran cantidad de peces y os servirá de alimento".

Al día siguiente, los hermanos fueron al lugar y hallaron todo como había dicho el varón de Dios, y tomaron cuanto podían llevar. Les dijo el venerable Padre: "Condimentad esto diligentemente con sal, pues lo necesitaréis, ya que hoy, mañana y pasado mañana, el Señor brindará tiempo sereno y cesará el ímpetu del mar y de las olas. Después saldréis de este lugar".

Pasados los días, san Brendano mandó a los hermanos cargar la nave, llenar las tinajas y los otros recipientes y recoger hierbas y raíces para él, pues después de haber sido ordenado sacerdote, el Padre no probó carne en la que hubiese habido vida. Luego de cargar todo en la nave, extendieron las velas y partieron bordeando la costa septentrional.

(Cap. 17. La isla de los tres coros)

Cierto día vieron una isla bastante distante de ellos. San Brendano preguntó: "¿Veis aquella isla?". Respondieron: "La vemos". Dijo entonces: "En esa isla hay tres pueblos, uno de niños, otro de jóvenes y otro de ancianos. Uno de vosotros debe peregrinar hacia allí". Los hermanos se preguntaban cuál de ellos sería. Como la discusión se prolongó y el hombre de Dios los vio tristes, agregó: "Irà este hermano, y se quedará allí". El hermano elegido era uno de aquellos tres que siguieron a san Brendano desde su monasterio, aquellos a quienes había señalado cuando subieron a la nave antes de salir de su patria.

Se iban acercando a aquella isla hasta que llegaron a su orilla. Era una inmensa planicie, y según ellos podían ver, tan grande como el mar, sin árboles ni nada que pudiera ser movido por el viento. Era realmente muy grande y estaba llena de frutos blancos y púrpuras. Vieron allí también tres muchedumbres distintas, como el hombre de Dios había predicho. Entre una y otra había un espacio de casi un tiro de piedra. Iban siem-

pre de aquí para allá, y al detenerse en determinado lugar una de ellas cantaba: *“Los santos marcharán de baluarte en baluarte hasta ver en Sión al Dios de los dioses”*³⁶. Cuando una de las muchedumbres terminaba el versículo, otra se detenía y comenzaba a cantarlo nuevamente y así sin cesar. La primera muchedumbre era la de los niños que llevaban vestidos refulgentes, la segunda color jacinto y la tercera, dalmáticas rojas.

Cuando llegaron al puerto de la isla era la hora cuarta. Al llegar la hora de sexta, las muchedumbres comenzaron a cantar todas juntas: *“El Señor tenga misericordia de nosotros...”*³⁷ hasta el final, y *“Dios mío ven en mi auxilio...”*, y también el salmo *“Creí aún cuando dije...”*³⁸ y la misma oración de antes; a la hora de nona otros tres salmos: *“Desde lo hondo...”*³⁹, *“Ved que dulzura...”*⁴⁰ *“Jerusalén alaba al Señor”*⁴¹. Y cantaban en la vísperas: *“Tú mereces, oh Dios, un himno en Sión”*⁴², *“Bendice alma mía al Señor”*⁴³, *“Señor Dios mío”*⁴⁴ y el tercer salmo *“Alabad niños al Señor”*⁴⁵ y después, sentándose, los quince salmos graduales⁴⁶.

Mientras terminaban de cantar, repentinamente una nube de admirable brillo cubrió la isla, y no podían ver, por la espesura de la nube, lo que antes veían. Sin embargo, escuchaban las voces de los que cantaban los versos antes mencionados, sin cesar hasta las Vigilias. Entonces empezaron a cantar: *“Alabad al Señor del cielo”*⁴⁷ *“Cantad al Señor”*⁴⁸ *“Alabad al Señor por sus santos”*⁴⁹, y después cantaban doce salmos según el orden del salterio.

Pero cuando brilló el día, y la nube dejó la isla, cantaron al punto

³⁶ Sal 83,8-9.

³⁷ Sal 66.

³⁸ Sal 115.

³⁹ Sal 129.

⁴⁰ Sal 132.

⁴¹ Sal 148.

⁴² Sal 64.

⁴³ Sal 103.

⁴⁴ Sal 7.

⁴⁵ Sal 112.

⁴⁶ Sal 119-133.

⁴⁷ Sal 148.

⁴⁸ Sal 149.

⁴⁹ Sal 150.

los tres salmos: “Dios mío, Dios mío, desde la aurora espero por ti”⁵⁰ y “El Señor es nuestro refugio”⁵¹. En tercia, otros tres: “Pueblos todos”⁵², “Señor, en tu Nombre”⁵³, y “Amo al Señor”⁵⁴ con Aleluya. Después inmolaron el Cordero inmaculado y todos se acercaron a la Comunión, diciendo: “Recibid el cuerpo y la Sangre del Señor y Salvador para la vida eterna”⁵⁵.

Terminada la inmolación, dos de los jóvenes llevaron un canasto lleno de frutos púrpuras y lo pusieron en la nave, diciendo: “Llevaos el fruto de la isla de los hombres valientes, devolvednos a nuestro hermano y marchaos en paz”. San Brendano, entonces, llamó al hermano a su presencia y le dijo: “Saluda a tus hermanos y vete con estos que te reclaman. Bienaventurada la hora en que te concibió tu madre, pues has merecido habitar con estos hombres”. Cuando terminó de saludar a los hermanos, san Brendano le dijo: “Hijo, recuerda cuántos beneficios te dio Dios en esta vida. Vete ahora y ruega por nosotros”. Con toda rapidez siguió a los dos jóvenes a su lugar.

El venerable Padre y sus compañeros comenzaron a navegar. Cuando llegó la hora nona, mandó a sus hermanos a confortar sus cuerpos con las frutas de la isla de los hombres valientes. Al decir esto, también el hombre de Dios tomó una. Mas al ver el tamaño colosal y que estaba llena de savia, se admiró y dijo: “Nunca vi, ni leí acerca de frutas de tal tamaño”. Sus dimensiones eran como las de una piedra grande. El hombre de Dios mandó entonces que le trajeran una vasija y le exprimiesen una de ellas; obtuvieron una libra de savia. El santo Padre la dividió en doce porciones y repartió una a cada hermano. Así, durante doce días se alimentaron sólo con frutas, conservando siempre en sus bocas el gusto de la miel.

(Cap. 18. *La isla de las uvas*)⁵⁶

⁵⁰ Sal 62.

⁵¹ Sal 45.

⁵² Sal 46.

⁵³ Sal 20.

⁵⁴ Sal 114.

⁵⁵ Este himno adjudicado a Secundius, es considerado uno de los himnos eucarísticos más antiguos. Se cantaba en los albores del siglo VII en Evoricaca, cuando la comunidad se acercaba al altar para comulgar.

⁵⁶ Cf. *Nm* 13,24 ss.

Unos días más tarde, el santo Padre ordenó tres días de ayuno. Pero una vez terminados, apareció un ave enorme volando desde cierta región hacia la nave; llevaba una rama de un árbol desconocido, que tenía en uno de sus extremos un gran racimo de uvas de color rojo intenso. Dejó caer de su boca este ramo sobre la cintura del santo varón. Entonces, san Brendano llamó a sus hermanos y dijo: “Mirad y tomad el alimento que os envía Dios”. Eran, en efecto, sus frutos como uvas. El varón de Dios las repartió entre los hermanos, una para cada uno, y así tuvieron comida durante doce días.

Nuevamente el varón de Dios comenzó, junto con sus hermanos, el ayuno. Pero al tercer día vieron una isla no lejos de ellos, toda cubierta de árboles muy frondosos, que tenían uvas de increíble fertilidad, de modo que todos los árboles se hallaban curvados hacia la tierra, todas con el mismo fruto y el mismo color. En aquella isla ninguna planta era estéril, ninguna era de otra especie.

Finalmente los hermanos hallaron un puerto. El varón de Dios descendió de la nave y comenzó a recorrer la isla. Su olor era como el aroma de una casa llena de granadas. Mientras tanto, los hermanos esperaban en la nave el regreso del varón de Dios. Pero soplaban un viento que les traía el dulcísimo aroma, de modo que les hacía olvidar el ayuno. El venerable Padre, por su parte, halló seis fuentes muy irrigadas, con verdes hierbas y raíces que crecían en las fuentes. Después se volvió a sus hermanos, llevando consigo las primicias de la isla, diciendo: “Descended de la nave y fijad las tiendas. Alimentaos con los óptimos frutos de esta tierra, que el Señor nos muestra”. Así, durante cuarenta días se alimentaron con uvas, hierbas y raíces de las fuentes. Después de este tiempo, subieron a la nave, llevando consigo cuantos frutos pudieron ser cargados.

(Cap. 19. La pelea de las aves)

Tras esto subieron a la nave y extendieron sus velas para que el viento los dirigiese. Mientras navegaban, de lejos vino volando un ave llamada grifo⁵⁷. Al verla, los hermanos dijeron al santo Padre: “Esta bestia viene a devorarnos”. El varón de Dios respondió: “No temáis. Dios es nuestro auxilio, también ahora nos defenderá”. El grifo extendió sus

⁵⁷ Ave mitológica, mencionada también por Plinio en su *Hist. Nat.* X,49.

garras para atrapar a los siervos de Dios, pero, de repente, apareció volando a toda velocidad la misma ave que antes les había llevado la rama con frutos. El grifo intentó devorarla, pero ella se defendió y le sacó los ojos. Entonces, el grifo voló a lo alto, de modo que los hermanos apenas podían verlo. Pero la otra ave lo persiguió hasta que finalmente lo mató. Su cuerpo cayó en el mar cerca de los hermanos. Luego el ave regresó a su lugar.

(Cap. 20. Visita a la comunidad de Ailbe)

San Brendano y sus navegantes vieron, pocos días después, la isla de la comunidad de Ailbe. Allí celebró con sus hermanos la Navidad del Señor. Acabados los días de fiesta, el venerable Padre recibió la bendición del abad y sus siervos. Después se internó en el océano por mucho tiempo, y sólo en Pascua y Navidad regresaba a los lugares mencionados, pues allí encontraba descanso.

(Cap. 21. El mar transparente y las maravillas en el Océano)

Cierta vez, cuando san Brendano celebraba la fiesta del apóstol san Pedro, llegaron a un mar de aguas tan claras que podía verse lo que había debajo. Al mirar en lo profundo, vieron distintas clases de bestias que yacían sobre la arena. Creían que por la claridad del mar podían tocarlas con las manos. Eran como ovejas recostadas en el pasto. Eran tantas que parecía una ciudad, tocando la cabeza de una con la cola de la otra. Los hermanos suplicaban al santo Padre que celebrara la Misa en silencio para evitar que las bestias lo oyesen y se levantaran para perseguirlos. El siervo de Cristo se sonrió hacia sus adentros y les dijo: “Me asombra vuestra estupidez. ¿Por qué tenéis miedo de estas bestias y no del maestro y devorador de todas las bestias del mar, ésa sobre la cual dos veces estuvisteis sentados salmodiando? Más aún, asaste su carne con el fuego que hicisteis ¿Por qué ahora tenéis miedo de éstas? ¿Acaso Nuestro Señor Jesucristo no es el Dios de todas las bestias, el que puede dominar todo lo que tiene vida?”. Tras decir esto, empezó a cantar con todas sus fuerzas. Pero los hermanos no dejaban de mirar las bestias. Cuando éstas oyeron la voz de quien cantaba se levantan y comenzaron a nadar alrededor de la nave, de forma tal que los hermanos no podían ver el fondo del mar a causa de la gran cantidad de peces. Pero no se acercaban a la

nave sino que nadaban a su alrededor, conteniéndose hasta que el varón de Dios hubo terminado la Misa. Entonces todas las bestias huyeron por diversos rumbos de la presencia de los siervos de Dios. San Brendano extendió las velas y recién después de ocho días de viento favorable pudo llegar a un mar claro.

(*Cap. 22. La columna en el mar*)⁵⁸

Un día, mientras celebraban los oficios divinos, apareció una columna en el mar, no muy lejos de ellos, aunque tardaron tres días en alcanzarla. Al acercarse, el varón de Dios quiso ver su cima, pero no pudo porque era más alta que el cielo. Estaba cubierta por una extraña cortina, por lo que era muy difícil encontrar un acceso. Desconocían de qué material era aquella cortina: tenía color plateado pero les parecía ser más dura que el mármol. La columna era de un cristal extremadamente claro.

San Brendano dijo a los hermanos: “Guardad los remos, el mástil y la vela en la nave, y al mismo tiempo, que algunos de vosotros se tomen de los bordes de la cortina”. Había, en efecto, un gran espacio como de mil pasos de profundidad entre este cobertor y la columna. Al hacerlo, les dijo el varón de Dios: “Empujad la nave por alguna de las entradas para que podamos ver con claridad las maravillas de nuestro Creador”. Después de entrar y ver aquí y allá, el mar les parecía de vidrio por su claridad, de forma tal que podían ver todo lo que se hallaba debajo. Así pudieron contemplar las bases de la columna y tanto la parte más alta de la cortina⁵⁹ como la más baja, que se asentaba en la tierra. La luz del sol no era menor dentro que fuera.

San Brendano, entonces, calculó el tamaño de una de las entradas, entre las cortinas: medía cuatro codos en todas partes. Navegaron, pues, durante todo el día, junto a una de ellas y por la sombra ya no sentían el calor del sol. Así hasta la hora nona. Durante este tiempo, el varón de Dios se dedicó a tomar medidas: el ancho tenía mil cuatrocientos codos, que era la medida de cada lado de aquella columna. Cuatro días demoró el venerable Padre para medir los cuatro ángulos de la columna.

El cuarto día hallaron un cáliz del mismo material que el velo y

⁵⁸ Cf. Ez 40-41; Ap 21.

⁵⁹ Literal: “conópeo”. El conópeo es el velo o cortina con el que se cubre el tabernáculo donde se reserva la sagrada eucaristía. Suele ser del color propio del tiempo litúrgico.

una patena del color de la columna puestas en una de las ventanas en el lado sur de la columna. San Brendano los tomó y dijo: “Nuestro Señor Jesucristo nos mostró este milagro y nos dio estos dos dones, para que exhibiéndolos, muchos crean”. Al punto el varón de Dios ordenó a los hermanos celebrar el Oficio divino y luego rehacer sus cuerpos, pues no se habían preocupado en absoluto por tomar alimentos o bebidas desde que vieron esa columna.

Habiendo pasado allí la noche, comenzaron a navegar hacia el Norte y después de atravesar uno de los huecos de la cortina, enarbolaron el mástil y la vela, mientras que algunos de los hermanos levantaban los bordes del velo hasta que terminaron de hacer pasar toda la nave. Entonces un próspero viento comenzó a soplar tras ellos, de modo que ya no les fue necesario remar sino sólo sostener las cuerdas y el timón. Navegaron así durante ocho días hacia el Norte.

(Cap. 23. La isla de los herreros)

Ocho días después, vieron no lejos una isla muy áspera, rocosa y accidentada, sin árboles ni plantas, llena de cabañas de obreros. El venerable Padre dijo a sus hermanos: “En verdad, hermanos, siento angustia a causa de esta isla, pues no quiero llegar a ella, ni siquiera aproximarme, pero el viento nos arrastra directamente allí”. Al acercarse un poco, como a un tiro de piedra, oyeron el sonido de unos fuelles, que resonaban como truenos, y golpes de martillos contra hierros y yunques. Cuando escuchó esto el venerable Padre se armó con el estandarte del Señor de cuatro partes⁶⁰, diciendo: “Señor, Jesucristo, líbranos de esta isla”.

Cuando el varón de Dios terminó de decir esto, salió uno de los habitantes de la isla como para realizar algún trabajo. Era muy rudo y vehemente, y estaba como ennegrecido, mas al ver a los siervos de Cristo pasar junto a la isla, se volvió a su choza. El varón de Dios se armó nuevamente y dijo a los hermanos: “Hijitos, extended más alto la vela y remad también lo más rápido posible; huyamos de esta isla”. Apenas terminó de decir esto, el bárbaro antes mencionado les salió al encuentro en la orilla de aquel lugar, llevando entre sus manos una horquilla con un inmenso trozo ardiente de escoria. Al punto se la arrojó a los siervos de Cristo, pero no los dañó. La masa les pasó a unos pocos metros de dis-

⁶⁰ Es decir hizo la señal de la Cruz.

tancia⁶¹. Pero cuando cayó en el mar comenzó a bullir, como si allí se consumiera el monte de fuego, y del mar subía la columna de humo como si se tratara de un horno encendido.

Cuando el varón de Dios se alejó casi una milla del lugar donde había caído la escoria, todos los que estaban en la isla corrieron hacia aquella orilla llevando cada uno un trozo ardiente de escoria. Lo lanzaban en el mar, tras los siervos de Cristo; uno tras otros iban arrojando más pedazos; después se volvían a sus chozas y forjaban con fuego más escoria, de modo que parecía que toda la isla ardía como un horno y bullía en el mar como una olla llena de carne, bien atizada por el fuego. Durante todo el día escucharon, en aquella isla, un lamento continuo. Aún cuando ya no podían verla, llegaba a sus oídos el gemido de los que habitaban allí, y a sus narices un fétido olor. Entonces, el santo Padre confortaba a sus monjes, diciendo: "Oh soldados de Cristo, fortaleceos en una fe auténtica y armaos con las armas espirituales, pues nos hallamos en los confines de los infiernos. Por eso, vigilad y obrad con valentía".

(Cap. 24. La muerte de un monje)

Otro día, apareció un monte alto en el océano, hacia el Norte, no muy lejos, como rodeado de tenues brumas, pero en realidad su cumbre estaba llena de humo. Al punto, el viento lo arrastró a gran velocidad hacia la orilla de aquella isla, hasta que la nave encalló no muy lejos de tierra firme. Su orilla, en efecto, era de gran altura, de modo que difícilmente podía distinguirse con claridad su cima. Era del color del carbón y tan sorprendentemente vertical que parecía un muro.

Uno de aquellos tres hermanos que siguieron a san Brendano desde su monasterio, salió de la nave y comenzó a andar hasta llegar hasta la base del acantilado. Gritó entonces: "¡Ay de mí, Padre, soy arrebatado de entre vosotros y no tengo la fuerza para regresar!". Los hermanos enseguida condujeron la nave hacia atrás, a la tierra, y clamaban al Señor, diciendo: "Ten piedad, Señor, ten piedad de nosotros". Mientras tanto, el venerable Padre y sus compañeros miraban cómo aquel infeliz era arrastrado por la multitud de demonios hacia la tormenta y cómo se excitaban unos a otros, y dijo: "Ay de ti hijo, porque recibiste tal fin para tu vida a causa de tus méritos".

⁶¹ Literal: "a casi un estadio". El *stadium* era una medida antigua equivalente a 125 pasos.

Nuevamente, un viento próspero los arrastró hacia la costa sur. Cuando de lejos miraron hacia atrás aquella isla, vieron el monte ya sin humo, expidiendo llamas hasta los cielos, y absorbiéndolas nuevamente. De esta forma, todo el monte hasta el mar parecía una pira fúnebre.

(Cap. 25. Judas Iscariote)

Después de siete días de viaje con rumbo Norte, se les apareció en el mar cierta silueta de un hombre sentado sobre una piedra. Delante de él, como un manto, había un velo que pendía entre dos horquillas de hierro y era agitado por las olas, como le sucede a una nave cuando es azotada por la tempestad. Algunos hermanos decían que era un ave, otros lo consideraban una nave. El varón de Dios, cuando los escuchó discutir entre ellos de tales cosas dijo: “Dejad de pelear. Orientad la nave hacia aquel lugar”.

Al acercarse el varón de Dios, las olas en torno a él se tranquilizaron como si se hubieran coagulado, y hallaron un hombre rudo y deforme sentado sobre una piedra. Cuando venían las olas de todas partes lo golpeaban hasta la cabeza, y al retirarse, la roca donde se hallaba sentado aquel infeliz quedaba completamente desnuda. También el viento, por momentos, alejaba el paño que pendía delante de él, pero en otros instantes hacía que lo golpeara en sus ojos y en su frente.

San Brendano le preguntó quién era o por qué culpa se hallaba allí, o qué había hecho para soportar tal penitencia. Le respondió: “Yo soy Judas, el más infeliz y peor negociante. No tengo este lugar por mérito propio, sino por la misericordia de Jesucristo. Este lugar no se me otorgó como una pena, sino por la indulgencia del Redentor en honor del día de la Resurrección del Señor”. Aquél era, en efecto, el día del Señor. “En verdad, cuando me siento aquí me parece estar en el Paraíso de las delicias, en comparación con el temor de los tormentos que me esperan en estas vísperas. Pues ardo como una masa de plomo que se derrite, en una olla, día y noche, en medio del monte que habéis visto. Allí están el Leviatán y sus satélites. Allí estaba yo cuando se tragó a vuestro hermano. Por ello, el infierno se alegró y emitió esas llamas ingentes, y así actúa siempre que devora las almas de los impíos. Yo, por mi parte, tengo este alivio aquí todos los días Domingo desde la víspera hasta la víspera del día siguiente, y desde el día de Navidad hasta Epifanía, desde Pascua a Pentecostés, en la Purificación de la Madre de Dios y en su Asunción. Antes y después padezco en lo profundo del Infierno, junto con Herodes, Pilato, Ananías

y Caifás. Por eso, os suplico por el Redentor del mundo que os dignéis interceder ante el Señor Jesucristo para que tenga la posibilidad de estar aquí hasta el alba de mañana, así los demonios no me torturarán por vuestra visita y no me llevarán a la maldita heredad que compré por un maldito precio". San Brendano le dijo: "Que se haga la voluntad de Dios. Esta noche y hasta mañana, no serás bocado de los demonios". De nuevo el varón de Dios lo interrogó diciendo: "¿Qué sucede con este paño?". "Este manto se lo di a un leproso cuando acompañaba al Señor. Pero no era el mío, sino del Señor y sus hermanos. Por eso, no es para mí un alivio sino un estorbo. El manto pende de unas horquillas de hierro, puesto que yo las había entregado a los sacerdotes del templo para sostener los calderos. La piedra en la cual me siento, es aquella que yo, antes de ser discípulo del Señor, había puesto en la calle para que tropezaran los que pasaban.

Cuando la hora vespertina envolvió a Tetis⁶², una innumerable multitud de demonios cubrió toda su superficie, vociferando y diciendo: "Aléjate de nosotros, hombre de Dios, pues no podemos acercarnos a nuestro compañero hasta tanto te hayas ido, ni nos atreveremos tampoco a mirar el rostro de nuestro príncipe hasta regresar a él con su amigo. Pero tú nos has arrebatado nuestro bocado. No pretendas defenderlo esta noche". El varón de Dios les respondió: "Yo no lo defiendo, sino que el Señor Jesucristo le concedió pasar aquí esta noche hasta mañana". Dijeron los demonios: "¿Cómo invocas el nombre del Señor sobre éste, siendo que ha sido el traidor del Señor?". El varón de Dios les respondió: "Os ordeno en el nombre de nuestro Señor Jesucristo que no le hagáis nada malo hasta mañana".

Concluida aquella noche, siendo muy temprano, el varón de Dios reemprendió su viaje. Entonces, la multitud innumerable de demonios cubrió la faz del abismo, emitiendo agudos sonidos y diciendo: "Oh varón de Dios, maldita sea tu llegada y maldita tu partida, porque nuestro príncipe esta noche nos ha castigado con terribles azotes pues no le hemos llevado a este maldito prisionero". El varón de Dios les respondió: "A nosotros no nos importa vuestra maldición, sino que es vuestro problema. Éste es bendecido por quienes lo maldicen y es maldecido por quienes lo bendicen". Los demonios le respondieron: "En estos seis días, el infeliz de Judas recibirá el doble de penas porque lo habéis defendido la noche pasada". El venerable Padre les dijo: "En adelante ni vosotros, ni vuestro príncipe tendrá poder sobre éste sino sólo Dios". Y agregó: "Os ordeno en

⁶² Thetis, nereida hija de Poseidón, dios marino, personifica aquí al mar.

nombre de nuestro Señor Jesucristo y de vuestro príncipe que no lo atormentéis con sufrimientos mayores que los de antes". Le respondieron: "¿Acaso eres el Señor de todo, para que tengamos que obedecer tus palabras?". Les respondió el varón de Dios: "Soy su siervo, y todo lo que Él ordene, yo tengo el encargo de cumplirlo sobre aquellos que me ha confiado". De esta forma, lo siguieron hasta no poder ver más a Judas. Después los demonios regresaron y se llevaron aquella infelicitísima alma con ellos, entre los lamentos y con terrible ímpetu.

(Cap. 26. Pablo el ermitaño)

San Brendano y sus compañeros de milicia navegaron bordeando la costa norte, glorificando a Dios en todo momento. Pero, al tercer día encontraron una pequeña isla hacia el Norte. Los hermanos comenzaron a navegar con mayor fervor y al acercarse a la predicha isla, san Brendano les dijo: "Hermanos, no fatiguéis vuestros cuerpos más de lo ordinario. Ya os habéis esforzado bastante. En esta Pascua que llega se cumplen ya siete años desde que dejamos nuestra patria. Ahora veréis a Pablo, el ermitaño espiritual; él ha vivido en esta isla durante cuarenta años sin ningún alimento corporal, y cincuenta años antes de ello, recibió alimento de una bestia".

Al acercarse a la orilla, no pudieron hallar un acceso a causa de la altura de aquella isla. Era pequeña, de casi un estadio y perfectamente redonda. Nada había sobre la superficie, sino la piedra desnuda, que parecía un pedregal. Su altura era como su ancho y su largo. Después de rodear la isla navegando, hallaron un estrecho puerto, de modo que la proa de la pequeña navecilla apenas podía entrar. De todas formas era muy difícil hacer pie en la isla. Dijo entonces san Brendano a sus hermanos: "Esperad aquí a que regrese. No os está permitido entrar sin el permiso del varón de Dios que habita en este lugar".

Cuando el venerable Padre llegó a la cúspide de la isla vio dos pequeñas cuevas, una frente a otra, y en un lado de la isla, contra la salida del sol, una fuente muy pequeña, redonda, que tenía acceso por todas partes. Brotaba de una piedra delante de la puerta de una de las cuevas, donde el soldado de Cristo residía. Sin embargo, al manar la fuente, al punto la piedra se la bebía. Cuando san Brendano se acercó a la puerta de una de las cuevas, un anciano salió de la otra a su encuentro y dijo: "*Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos.*"⁶³. Al decir esto, orde-

⁶³ Sal 132.

nó a san Brendano que mandara venir a todos los hermanos de la nave. Mientras los besaba y les daba la bienvenida, los llamaba a cada uno por su nombre. Mas los hermanos, al escucharlo, no sólo se admiraron de su don de profecía sino también por su porte. Estaba todo cubierto por sus cabellos, su barba y el de sus pieles hasta los pies. Era cándido como la nieve a causa de su mucha edad. Sólo se le veían el rostro y los ojos. No tenía otro vestido, sino los pelos que salían de su cuerpo. San Brendano, al ver esto, se entristeció mucho en su interior, diciendo: "Ay de mí que llevo el hábito monástico, y muchos se han congregado a mi vera y bajo el nombre de monje, al ver ahora a este hombre en estado angelical, que viviendo aún en la carne permanece indemne de los vicios del cuerpo". El varón de Dios le dijo: "Oh venerable Padre, cuántas y qué grandes maravillas te mostró Dios. Maravillas que no manifestó a ninguno de los santos Padres. Tú dices en tu corazón que no eres digno de llevar el hábito monástico, siendo que eres más que monje. Pues el monje vive y se viste del trabajo de sus manos. Mas Dios te alimentó a ti y a tus hermanos durante siete años con sus secretos y te vistió. En cambio yo, miserable, me siento como un ave en esta piedra, desnudo excepto por mis pieles".

San Brendano le preguntó entonces sobre cómo había llegado allí, de dónde era y cuánto tiempo había soportado esa vida. Él le respondió: "Crecí en el monasterio de san Patricio durante cincuenta años, y cuidaba el cementerio de los hermanos. Pero un día, cuando mi decano me indicó el lugar para sepultar un difunto, se me apareció un anciano desconocido que me dijo: "Hermano, no hagas allí la fosa, pues es el sepulcro de otro". Le dije: "Padre, ¿Quién eres?". Me respondió: "¿Por qué no me reconoces? ¿No soy tu abad?". Le respondí: "San Patricio es mi abad". Replicó: "Soy yo. Ayer abandoné el siglo. Éste es el lugar de mi sepultura. Haz allí el sepulcro de nuestro hermano y no digas a nadie que yo te lo he dicho. Mañana ve a la orilla del mar y hallarás allí una pequeña nave. Entra en ella y te llevará al lugar donde aguardarás el día de tu muerte".

Al amanecer fui a la costa, según el precepto del santo Padre, y hallé todo como había dicho. Después subí a la nave y navegué por tres días y tres noches. Mas al tercer día abandoné el control de la nave para que el viento la llevara donde quisiera. Al séptimo día se me apareció esta piedra en la que enseguida me asenté. Abandoné la nave y la impulsé con mi pie para que regresara a donde era su origen. Vi cómo al punto surcó las olas a través del mar con una velocidad altísima, para regresar a su patria. Pero yo permanecí aquí. Cerca de la hora nona una foca me trajo la comida del mar: traía un pez en su boca y atados de leños para hacer un fuego entre sus patas delanteras, caminando con las traseras. Después

de dejar frente a mí el pez y la leña, se volvió a donde había salido. Yo tomé un trozo de hierro, lo golpeé contra la piedra y encendí el fuego con los leños. Así me preparé el pescado para comerlo. De este modo, viví durante cuarenta años. Siempre al tercer día, el mismo servidor me traía la misma comida: un pez, para tres días. Diariamente comía una parte del pez, y por la gracia de Dios, no padecía sed, pues el día del Señor, brotaba un poquito de agua de aquella piedra, de donde podía beber y llenar mi tinaja, para lavarme las manos.

Después de treinta años hallé estas dos cuevas y esta fuente. Desde entonces he vivido durante sesenta años sin otro alimento que el agua. Noventa años llevo en esta isla, treinta años me alimenté con pescado y sesenta con hierba que se formaba en la fuente. Cincuenta años había vivido en mi patria. Los años de mi vida hasta hoy son ciento cuarenta. Y es aquí donde debo esperar, como me ha sido prometido, el día del juicio en esta carne. Regresad a vuestra patria y llevad con vosotros la tinaja llena de esta fuente, pues os será necesaria, ya que os restan cuarenta días de viaje, es decir hasta el Sábado de Pascua. Celebraréis el Sábado Santo y la Pascua donde lo habéis hecho estos seis años y tras recibir la bendición de vuestro procurador, viajaréis hasta la tierra de la promesa de los santos. Permaneceréis allí cuarenta días y después el Dios de vuestros Padres os conducirá sanos y salvos a la tierra donde habéis nacido.

(Cap. 27. Celebración de las festividades)

Entonces, san Brendano y sus hermanos, tras recibir la bendición, comenzaron a navegar con rumbo Norte durante los cuarenta días de Cuaresma, y su navicilla era llevada de aquí para allá. Sólo se alimentaban con el agua que habían tomado de la isla del varón de Dios, nutriéndose cada tres días, sin tener hambre ni sed, y permaneciendo todos alegres.

Así, tal como lo había anunciado el varón de Dios, el Sábado Santo arribaron a la isla del procurador. Cuando llegaron al puerto, éste les salió al encuentro con gran gozo y todos en la nave levantaron sus brazos. Una vez que terminaron de rezar el Oficio divino de aquel santo día, sirvió la cena en su presencia. Pero a la hora de Vísperas, subieron todos, los hermanos y el procurador, a la navicilla y partieron.

Mientras navegaban, hallaron la bestia en el lugar acostumbrado y allí cantaron toda la noche las alabanzas de Dios y por la mañana la

Misa. Pero al concluir la Misa, Jasconius marchó por su camino, y todos los hermanos que estaban con san Brendano comenzaron a clamar al Señor, diciendo: *“Escúchanos, Señor Dios salvador nuestro, esperanza de todos los confines de la tierra y de los mares lejanos”*⁶⁴. San Brendano confortaba a sus hermanos diciendo: *“No temáis, pues nada malo os sucederá, ya llega el auxilio”*. La bestia se dirigió directamente hacia la isla de las aves y allí permanecieron hasta la Octava de Pentecostés.

Una vez transcurrido el tiempo de las solemnidades, el procurador, que se hallaba con ellos, dijo a san Brendano: *“Subid a la navecilla y llenad los odres de esta fuente, ya que esta vez seré vuestro guía y compañero de viaje. No podréis hallar sin mí la tierra de la promesa”*. Subieron pues a la nave y todas las aves que estaban en aquella isla decían a una voz: *“Que Dios nuestro salvador haga próspero vuestro viaje”*.

(Cap. 28. La tierra de la promesa)

San Brendano y los que estaban con él navegaron hasta la isla del procurador en su compañía, y allí recibieron las provisiones durante cuarenta días. Su nave estuvo amarrada los cuarenta días en la costa oriental. En lo sucesivo, el procurador iba delante de ellos y dirigía el recorrido. Pero pasados los cuarenta días, al caer la tarde, los cubrió una tiniebla tan grande que apenas podían verse unos a otros. El procurador dijo entonces a san Brendano: *“¿Sabes qué es esta niebla?”*. San Brendano dijo: *“¿Qué es?”*. Él le respondió: *“Esta niebla rodea la isla que buscasteis durante siete años”*. Pero, después de una hora de viaje, una luz extraordinaria brilló en torno a ellos, y la nave se detuvo en la costa.

Después, abandonando la nave, vieron una tierra ancha y llena de árboles frutales como en el tiempo del otoño. Mientras recorrieron aquel lugar, nunca los cubrió la noche. Tomaban cuantos frutos querían y bebían de los manantiales, y así exploraron durante cuarenta días toda aquella tierra y no pudieron hallar su límite.

Cierto día, hallaron un gran río que corría por en medio de la isla. Entonces, dijo san Brendano a sus hermanos: *“No podemos atravesar este río y desconocemos la extensión de esta tierra”*. Pero mientras crecía en su interior el deseo de hacer tal cosa, repentinamente vino a su encuentro un joven, quien besándolos con gran alegría, llamaba a cada uno por su nombre y decía: *“Dichosos los que viven en tu casa. Te alabarán por siempre”*⁶⁵.

⁶⁴ Sal 64,6.

⁶⁵ Sal 83,5.

Después de decir esto, agregó dirigiéndose a san Brendano: “Esta es la tierra que buscaste por tanto tiempo. Pero no podías encontrarla porque Dios quiso antes mostrarte sus distintos secretos en el océano inmenso. Vuelve ahora a tu tierra natal, y lleva contigo frutos y cuantas piedras preciosas puedan entrar en tu navicilla. En efecto, ya se acerca el día de tu peregrinación, cuando te duermas con tus Padres. Pero dentro de muchos años, esta tierra será entregada a tus sucesores, cuando sobrevenga la persecución de los cristianos. Este río que ves, divide esta isla. Y así como ahora la veis llena de frutos, así también permanecerá para siempre sin ninguna sombra de la noche, pues Cristo es su luz”.

Así pues, habiendo tomado frutos de la tierra y toda clase de piedras preciosas, y después de que el procurador y el joven dieron su bendición, san Brendano subió junto a sus hermanos a la navicilla y comenzó a navegar por en medio de la niebla. Cuando la atravesaron, llegaron a la isla llamada “*isla de las delicias*”. Allí permanecieron tres días en un albergue y habiendo recibido la bendición, san Brendano regresó a su patria.

(Cap. 29. Regreso y muerte de San Brendano)

Los hermanos los recibieron con muchísima felicidad, glorificando a Dios, que no quiso quitarles la presencia tan deseable de los Padres, de la que por tanto tiempo se vieron privados. Entonces, el varón de Dios, encomiando su caridad, narró todo lo que recordó acerca de lo que les había sucedido en el viaje y cuántos maravillosos prodigios Dios se había dignado mostrarles. Pero, finalmente, notó la proximidad de su muerte, según el certero testimonio del joven que se hallaba en la tierra de la promesa. Los hechos lo probaron, pues tras un breve intervalo de tiempo en que guardó reposo, habiendo dispuesto todo oportunamente y munido de los sacramentos divinos, gloriosamente emigró de entre las manos de sus discípulos hacia el Señor, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén. Terminó.